Semblanzas mosetenes

ISEAT

Instituto Superior
Ecuménico Andino de Teología

Con apoyo de: christian aid

Instituto Superior Ecuménico Andino de Teología
Semblanzas mosetenes, Instituto Superior Ecuménico Andino de Teología – La Paz, Bolivia: ISEAT, 2017
66 pp.

D.L.: 4-1-3977-17

AMAZONÍA BOLIVIANA/RELIGIÓN/DESARROLLO/INTERCULTURALIDAD/SEMBLANZAS/

Semblanzas mosetenes
Primera edición, Noviembre de 2017

® Derechos reservados
Este material pertenece al Patrimonio Oral e Intangible pueblo indígena Mosetén.

© Instituto Superior Ecuménico Andino de Teología (ISEAT)
Calle A. Aspiazu Nº 638, zona Sopocachi
Tels: (591) 2418030 – 2412251 Int.502
www.iseatbolivia.org
La Paz – Bolivia

Equipo de coordinación: María Beatriz Castro Mojica y María Clara Zeballos Puccherelli
Recolección de testimonios: Mónica Del Carpio Carreño, Evelyn Wendy Gutierrez Pozo y María Beatriz Castro Mojica
Edición y corrección: Coral Eliana Mattos Gutiérrez
Diseño y diagramación: Álvaro Miguel Meruvia Meruvia

Agradecimientos a:
Organización del Pueblo Indígena Mosetén (OPIM)
Organización de Mujeres Indígenas Mosetén (OMIM)

Publicación y distribución:
Centro de publicaciones del ISEAT
comunicacion@iseatbolivia.org

Impreso en Bolivia
Printed in Bolivia

Contenido

Presentación.....3

Semblanzas femeninas.....5

Juana Fañio Tahe: Mujer sabia,
curandera y luchadora.....6

Lucrecia Josecito Suárez: El protagonismo
de la mujer líder y motivadora.....9

María Vani Cualico: Ejemplo de compromiso
con el saber y el territorio mosetén.....12

Primitiva Vani Canare: En busca de
una tierra propia y libre.....15

Teodora Vani Cualico: Construyendo
una nueva forma de liderazgo mosetén.....17

Yovana Rada Vani: Lo ancestral como
el sentido de la vida del mosetén.....20

Alicia Natte Rosendi: El poder de la voz femenina...24

Carina Chairique Bozo: La fuerza de
la mujer mosetén.....27

Emiliana Tayo Maíto: Buscando la superación
de las mujeres.....30

Felicidad Tahe de Siquimen: La lucha por mantener viva la cultura mosetén.....33

Semblanzas masculinas.....36

Antolín Caimani Jero: Una vida de lucha por el territorio.....37

Matías Nate Tayo: Líder y conservador de la memoria histórica.....40

Juan Huasna Bozo: Una vida de enseñanza de la cultura mosetén.....43

Heriberto Maza Semo: Liderazgos actuales y nuevos desafíos.....46

Anastacio Canare Cualico: Defensor del bosque.....50

Serapio Mayto Tahe: La lucha por mejorar la educación.....53

Vicente Moy Yuco: La lucha por un liderazgo con valores..... 56

Zacarías Misange Miro: El artista de la madera.....59

Agustín Baya Siquimen: Una vida de lucha por su comunidad.....61

Darío Chairique Oye: El precursor de la lucha por el territorio.....64

Presentación

El Instituto Superior Ecuménico Andino de Teología (ISEAT), en el marco del proyecto "Visibilizando la Religiosidad para Fortalecer el Trabajo en Gestión Territorial Indígena", tiene dentro de sus objetivos la tarea de apoyar a los pueblos indígenas de tierras bajas en la defensa de su territorio históricamente amenazado y cuya salvaguardia significa una lucha constante a la que se van sumando diferentes generaciones.

La Tierra Comunitaria de Origen (TCO) Mosetén recibió el título de propiedad en 2001, después de más de 10 años de intensa lucha y persistencia por el reconocimiento de sus derechos territoriales. Fue una de las primeras en ser tituladas en la Amazonía boliviana, pero significó sacrificios, agotadoras caminatas y una constante exposición a muchos riesgos. Por ello, este largo proceso pervive en la memoria y en la vida de quienes lideraron este proceso, valientes mujeres y hombres que tenían como objetivo final tener territorio para ofrecer un futuro a sus hijos.

En esta cartilla quisimos rescatar distintas experiencias de líderes mosetenes que de una u otra forma participaron en esta lucha por el reconocimiento de la cultura de su pueblo. Se trata de testimonios que fueron recuperados a través de entrevistas y trabajados en un proceso de edición que intenta expresar la vivencia, personalidad, preocupaciones y sueños de cada uno de ellos, y que además fueron validados por cada persona que forma parte de este trabajo.

Tenemos la seguridad de que existen más experiencias de vida que se constituyen en una riqueza invaluable para transmitir a las jóvenes generaciones. Para esta primera cartilla seleccionamos a aquellos que tienen un reconocimiento en la comunidad por su trabajo y aporte en la lucha por el territorio y la valorización de la cultura mosetén.

Invitamos a los jóvenes mosetenes a leer y reflexionar sobre estas experiencias para integrarlas a sus vidas y horizontes de lucha en defensa de los derechos y el futuro de su pueblo.

Agradecemos por sus testimonios a Juana Fañio Tahe, Lucrecia Josecito Suárez, María Vani Cualico, Primitiva Vani Canare, Teodora Vani Cualico, Yovana Rada Vani, Alicia Natte Rosendi, Carina Chairique Bozo, Emiliana Tayo Maíto, Felicidad Tahe de Siquimen, Antolín Caimani Jero, Matías Nate Tayo, Juan Huasna Bozo, Heriberto Maza Semo, Anastacio Canare Cualico, Serapio Mayto Tahe, Vicente Moy Yuco, Zacarías Misange Miro, Agustín Baya Siquimen y Darío Chairique Oye.

María Beatriz Castro Mojica
María Clara Zeballos Puccherelli

Equipo de Coordinación Proyecto Tierras Bajas - ISEAT

Semblanzas femeninas

JUANA FAÑIO TAHE: MUJER SABIA, CURANDERA Y LUCHADORA

Nada me ha limitado, yo siempre he sido inquieta; quería saber cómo podíamos mejorar para no ser abusados ni discriminados, las mujeres en especial.

Cuando nací, mi madre me tuvo entre sus brazos apenas tres horas y luego falleció. Soy huérfana desde mi nacimiento y por eso me crió mi abuela. De ella aprendí que las plantas pueden curarnos y recuerdo que juntas íbamos al monte a recogerlas cuando nos enfermábamos, porque antes no había médicos por estas tierras, no había gente que nos pudiera dar medicinas para sanarnos, hasta de sal carecíamos.

Mi abuela era curandera, de esa manera conocí muchas medicinas. Hay plantas contra la fiebre, las sarnas o la quebradura (fractura de hueso); del árbol del cuchi hacía una crema que decía que era buena para cualquier dolor.

Ya he sanado a mucha gente con esta medicina que viene de las plantas y ahora me estoy dedicando a esta labor, gracias a una dirigente que me contrató para esto y así dejé el trabajo que hacía en mi lote; yo ni siquiera pensaba hacer estas cosas para vender, solo las hacía para curar a mis hijos. Se podría decir que me estoy especializando y en este tiempo he llegado a conocer muchas enfermedades, pero también hay muchas plantas para curarlas.

Tengo una mesa en la que coloco toda clase de cortezas y hierbas con sus respectivos nombres. Con este conocimiento he visitado varios lugares; he estado en Covendo, Tucupí, San Borja, Rurrenabaque y también en La Paz, donde hablo sobre esta medicina natural.

Yo quisiera que mi gente aprecie esta forma de curarse, que aprendan. He invitado a mi pueblo, pero todos me dicen que no tienen tiempo. Es que este trabajo tampoco es fácil, porque hay que entrar al monte y es importante conocer los árboles, como yo he conocido con mi abuela; no se trata de sacar cualquier clase de corteza, tiene que ser de la planta medicinal. Yo quiero que mi gente conozca estas cosas buenas que nos regala la tierra para que no se pierda este conocimiento; yo no soy ni orgullosa ni egoísta, yo quiero enseñar.

Soy una mujer que siente cariño por su tierra. Recuerdo que hace tiempo los indígenas de Covendo, de Santa Ana y de otros sitios hemos salido a la marcha para defender nuestros derechos. Fueron también mujeres embarazadas, otras con sus bebés o con sus wawas ya grandes, con tres y cuatro hijos. La marcha fue bien sufrida, no fue fácil; en tres días de caminata se gastaba un zapato nuevito.

Una señora y yo fuimos las únicas mujeres que llegamos a pie hasta La Paz. Yo fui a esa marcha como dirigente de Covendo, además era la única que dominaba el castellano, pues antes no había mucha gente que hablaba bien el español, éramos cerrados. Yo aprendí bien el castellano porque viví un tiempo en La Paz, por eso también conocía esa ciudad.

Se hicieron reuniones para analizar el problema de los indígenas. Nosotros, como originarios de esta tierra, habíamos dado cabida a la gente pobre de La Paz para que habite este lugar junto a nosotros, pero ellos empezaron a vender sus terrenos y comenzaron los problemas. Entonces, decidimos organizarnos en OPIM y OMIM, y fue así como empezamos a luchar, a defender nuestro territorio.

Yo fui la primera en averiguar cómo podíamos trabajar porque nunca habíamos hecho estas cosas, no sabíamos firmar ni escribir, no sabíamos leer, éramos pobres de todo. Siempre escuchaba noticias en la radio y por eso me enteré de Waldo Albarracín, doctor de derechos humanos, y entonces fuimos a pedirle su colaboración. Pedimos radio de comunicación, motocicleta para movilizarnos, una casa para las reuniones, luego pedimos también un terreno que estaba en venta, donde ahora funciona la casa de las mujeres; hemos proyectado esas cosas, pero todos esos proyectos nos

llegaron en dos años, al final lo que importaba era que lo habíamos logrado. Así hemos empezado a trabajar, a estar con las autoridades superiores, con los profesionales de La Paz, pero el más importante fue el doctor Waldo Albarracín, que nos acompañó y ayudó bastante.

Antes éramos bien unidos, nos colaborábamos, hacíamos todo juntos, varón y mujer. Cuando dejé la dirigencia en OPIM me fui a trabajar con la empresa Ceibo, con ellos viajé por todo lado, hasta Estados Unidos llegué llevando toda clase de artesanías y nuestras costumbres.

A mí me gustaría mucho escribir nuestra historia porque tengo muchas cosas que contar sobre tantos años de lucha y trabajo, pero no puedo escribir bien porque fue hace poco que aprendí a leer y escribir. Por eso deseo que haya becas para los jóvenes de nuestro pueblo, para que ellos puedan estudiar y llegar a ser profesionales para que puedan sacar adelante a su pueblo. Nosotros no somos gente ambiciosa, lo único que hacemos es cuidar nuestro terreno para que nuestros nietos también tengan un lugar para vivir. Yo siempre dije a todas las mujeres y los hombres en las reuniones y en los congresos que deberíamos cuidar nuestra TCO Mosetén, sobre todo de esa gente que se lleva nuestras maderas. En Covendo, por ejemplo, se han entrado los terceros para aprovecharse de nuestra riqueza natural; abren sendas por todas partes; en Muchanes está pasando lo mismo, y me preguntó ¿quién defiende nuestras tierras? Nadie está defendiendo.

¿Qué es lo que pasa?, pues que el rico viene, el maderero viene, le paga al cacique, le da unos cuantos pesos y él se queda tranquilo y alegre porque ha ganado plata. A mí también me ofrecieron grandes cosas y mucho dinero cuando estuve de dirigente, pero jamás me he dejado engañar, nunca acepté y por eso también puse en riesgo mi vida.

LUCRECIA JOSECITO SUÁREZ: EL PROTAGONISMO DE LA MUJER LÍDER Y MOTIVADORA

Las mujeres no podemos quedarnos así nomás, tenemos que hacernos conocer y que la gente vea que nosotras sí podemos.

Soy una persona que está convencida de que cada día se aprende algo. Como mujer, no permito ni la humillación ni la discriminación. Con educación o sin ella, se puede ser un buen líder, solo hay que tener voluntad y mucho amor por nuestra gente y nuestra tierra. Sé que es complicado ser mujer, madre y dirigente al mismo tiempo, pero se puede.

Recuerdo que una vez en una reunión, una señora –intercultural era ella– dijo que se debía elegir como dirigente solo a las mujeres que no tuvieran hijos, porque las wawas molestan y no dejan escuchar lo que se dice en las reuniones. Eso me molestó mucho porque era una discriminación hacia las compañeras; con hijos o sin ellos, una mujer debe aprender a manejar su cargo de dirigente. Yo, por ejemplo, he asistido a muchas reuniones embarazada y cargada de mi hijo, porque no se puede ver a los hijos como un obstáculo.

Les dije a mis compañeras que no se dejaran desanimar y que esa forma de pensar era una discriminación. Así, cargado del hijo, hay que aprender a ser líder. Además, yo tampoco soy bachiller, pero igual he salido adelante; uno aprende y también eso es bueno, porque no podemos quedarnos

así nomás, tenemos que hacernos conocer y que la gente vea que nosotras sí podemos. Así debemos ser las mujeres.

Veo que mis hermanas, las mujeres de mi pueblo, tienen también la dificultad de la pareja cuando son dirigentes, porque a veces no hay confianza entre marido y mujer. Tampoco por ser mujer uno tiene que dejarse humillar. Hay hombres que no confían, que piensan mal, pero las mujeres sabemos lo que queremos. Yo, por ejemplo, solo estoy interesada en aprender. Recuerdo que cuando había reuniones en el pueblo, yo siempre participaba porque sentía la necesidad de expresarme; no me importaba si lo hacía bien o mal, lo que yo quería era dar mi opinión. Así empecé y tal vez por eso me eligieron para otros cargos.

Cuando decidimos unirnos y formar la OPIM-OMIM, mis hermanos mosetenes me nombraron como presidenta de la organización de las mujeres (OMIM) y don Humberto Canare fue el primer presidente de OPIM. Así decidimos ser una sola organización todo el pueblo mosetén. En todo este proceso recibimos la colaboración de la ONG Movimiento Laico para América Latina (MLAL); ellos nos guiaron y apoyaron mucho.

Aún hoy me sorprende que me hayan nombrado como la primera presidenta de OMIM. Y sin experiencia, sin conocimiento ni nada, asumí el desafío y con el tiempo aprendí a manejar mi cargo. En esa época, yo ya tenía cinco hijos. Una vez que organizamos OPIM-OMIM y que nos afiliamos a la Central de Pueblos Indígenas del Beni (CPIB), empezamos los trámites para el saneamiento. Hubo bastantes talleres para esto, y cuando entró el INRA hicimos la pericia de campo; yo estuve acompañando este trabajo y dando seguimiento a este proceso.

Las pericias de campo eran para hacer los linderos, medir los puntos de los límites. Ingresaron al monte en grupos y yo estuve también ahí, cocinaba para todo el grupo; mi esposo me acompañó en esta tarea. Nos quedábamos en el monte unas dos y hasta tres semanas, y a mis hijos los dejaba con su abuela, pero aun así me quedaba muy preocupada.

A mí no me parecía bien estar solita; pensaba que hubiese sido mejor estar entre tres o dos mujeres siquiera dentro del monte. Los ingenieros que entraron con nosotros se iban muy lejos a hacer su trabajo guiados por la gente mosetén que mejor conocía esos lugares, y solo unos cuantos permanecíamos en el campamento; ahí me quedaba esperando, cocinando, haciendo otras cosas, pero sobre todo pensando cómo nos estaba tomando tanto tiempo hacer este saneamiento.

Lamentablemente, los interculturales nos atacaron varias veces en el campamento que teníamos allí en el monte; ellos no querían que hagamos el saneamiento. Pero había que seguir para tener una tierra, nuestro propio territorio para estar libres, sentirnos tranquilos y que nadie pudiera sacarnos de allí. Varias veces tuve que viajar hasta La Paz para averiguar qué más había que hacer para el saneamiento de nuestro territorio, incluso embarazada tuve que viajar. Yo tuve ocho hijos en total y algunas veces me vi obligada a llevar a los más pequeños conmigo a esos viajes.

Pero yo no fui la única mujer que hizo estas cosas, que anduvo cargada con hijos y todo para tener nuestra TCO. Recuerdo que primero estuve con doña Carina Chairique y doña Primitiva Vani; nosotras tres caminamos bastante en estos trámites, cargadas de nuestras wawas. No sé cómo tuve el valor de salir adelante, nunca pensé llegar hasta donde estoy ahora, como asambleísta departamental y Primera Vocal de la Directiva, pero debo reconocer que siempre me gustó participar en los congresos y ampliados.

El cacique del pueblo u otro dirigente siempre nos invitaba a sus reuniones para que nosotras, como mujeres, estemos involucradas en este trabajo de la dirigencia y en los asuntos de nuestra gente. Yo siempre iba, aunque mi esposo se molestara. Asistía porque quería escuchar lo que se decía en las reuniones, porque así sabía qué era lo que estaba pasando. Cuando me pidieron que yo sea asambleísta, porque ya había ejercido ese cargo un varón, me puse nerviosa porque no tenía ese conocimiento, me preguntaba cómo iba a manejar ese cargo, pero uno aprende con el tiempo. A veces me angustiaba porque pensaba que estaba hablando mal y que me criticaban, pero recordaba el consejo que alguna vez me dieron: "bien o mal, pero hay que hablar". Ahora lo que hago en la Asamblea es escuchar primero, callada, y después doy mi opinión. Y a veces me dicen: "está bien lo que has reclamado", y me felicitan. Tal vez por lo que soy así me buscan para que ejerza otros cargos; por ejemplo, ahora también estoy en la Asociación de Mujeres Asambleístas Departamentales del Estado Plurinacional de Bolivia (AMADBOL) como secretaria de finanzas.

Para mí fue una alegría recibir la confianza de mi gente y sé que para todo mi pueblo mosetén es un orgullo tener representantes en la Asamblea Departamental y en la Asamblea Legislativa Plurinacional. Me alegra que mi familia también reconozca mi trabajo, pues mis hijos, que ahora ya están jovencitos, me dicen que para ellos es un orgullo que su madre sea una líder. Si alguien ataca a mi pueblo, a mis hijos, seguro que yo levantaré la voz para defenderlos.

MARÍA VANI CUALICO: EJEMPLO DE COMPROMISO CON EL SABER Y EL TERRITORIO MOSETÉN

Yo les digo a mis hijos que primero es el territorio, nuestros conocimientos y la organización porque de eso vivimos.

Cuando había luna llena que iluminaba todo el cielo, mi madre extendía una estera fuera de la casa para que nos sentáramos formando un círculo y entonces empezaban los relatos. Mis hermanos y yo la escuchábamos atentos. Nos contaba que los mosetenes creían en dioses a los que llamaban abuelos, que eran los cerros.

Ahí estaban por ejemplo *Michäï' y Ewaj Ewa*, dos cerros a los que les hablaban para pedirles permiso para cazar o pescar en los montes que resguardaban con mucho celo. *Michäï'* era un poco tacaño, de ahí proviene su nombre, de la palabra mich'a, pero *Ewaj Ewa* era lo contrario, le caracterizaba la generosidad; abría sus senderos para que los hombres pudieran cazar con facilidad, era como si el cerro arreara a los animales hasta donde estaban los cazadores.

Entonces, así conseguían alimento para la familia y en agradecimiento siempre ch'allaban con chicha. Así vivían tranquilos de la caza y la pesca, ese era su afán; muy poco se trabajaba, más que todo para ellos nomás. Como nada se veía antes, no necesitaban tanto dinero; ellos cultivaban alimentos como maíz, frijol, arroz, maní y yuca para sus familias.

También tomaban cuando había alguna fiestita. Mi mamá nos decía que cuando mi abuelo llegaba del monte tras unas semanas de permanecer allí, se preparaba bastante chicha, se invitaba a los compadres y empezaban a tomar y comer; se extendía una mesa grande donde había chapapeado y charque, y así compartían las familias.

También escuché historias sobre lugares misteriosos, adonde no se podía llegar; cuando alguien se acercaba a estos sitios, el cielo de repente empezaba a tronar y aparecía un viento fuerte que asustaba mucho, entonces esa persona salía huyendo, asombrada y con miedo. Se decía que en ese lugar había una laguna que se convertía en una serpiente grande; cuando dormía no pasaba nada, pero una vez que despertaba se producía un viento fuerte que jalaba a la persona directo a la boca de esa víbora, por eso no se acercaban a esas zonas.

Todo eso nos contaba mi mamá y ahora yo se los cuento a mis hijos porque creo que es bueno que como mosetenes conservemos nuestras tradiciones y que valoremos nuestra historia. Nuestro pueblo es sabio, convive en armonía con la naturaleza. Por ejemplo, como antes no había acceso a la medicina, todo se trataba con plantas medicinales, las que hay en el monte, como el coto, que es una corteza picante que no falta en las casas porque sirve para curar la diarrea fuerte, el dolor de estómago; a nosotros nos daba eso mi mamá y recuerdo que era muy picante, pero la diarrea se cortaba.

Hay otra planta a la que se acude cuando la enfermedad es muy grave, se llama *ojej* y es un árbol grande; de él extraen su resina, que es blanca como la leche. Este árbol tiene su compañero que se llama *pätsi'ne* (muni muni) y juntos salvan a los enfermos que están muy delicados, pero es importante tener fe en ellos.

Antes morían muchas wawas a causa del resfrío, sobre todo porque no las curaban a tiempo. Conozco dos plantas contra la gripe, el resfrío y la tos, se llaman *jaca jaca* y jengibre. Aquí siempre están sembrando el jengibre para curar el resfrío y más que todo para los que tienen asma. Los abuelos, por ejemplo, se van al río, machucan la raíz de esta planta y con eso se bañan. Para quitar la fiebre alta son buenos el tamarindo, el matico y el itapallo, que crece en el monte. Yo siempre saco su raíz, que es como la yuca, la pongo a hervir y cuando ya está entibiando le doy un baño con eso a la persona enferma. También después del parto se usan raíces de yerbaluisa y hojas de fortuna.

Hay muchas cosas que tenemos que conocer y valorar de nuestra gente y nuestra tierra. Pienso que tenemos que hacernos respetar como pueblo, ser fuertes y estar unidos. Yo, como mujer indígena, no tengo miedo, me enfrento nomás, y las otras mujeres igual, siempre estamos con esa fuerza. A mi hija también le hablo sobre esto. Pienso que hay que animar a las más jóvenes, que ahora ya son bachilleres; a ellas hay que motivarlas, que sepan más de nuestro territorio, cómo es nuestra organización, que aprendan más sobre el pueblo mosetén.

A mis hijos les digo que primero es el territorio; aunque sean profesionales, siempre van a querer tener tierra, pues vivimos de ella, ahí producimos. Un profesional no siempre va a tener dinero; entonces, ¿de dónde va a comer?, pues de la tierra. Por eso también mandé a mis hijos a las marchas; tenían que participar y aprender cómo se defiende el territorio y la organización. Así pienso yo.

En aquel tiempo de las marchas, algunas mujeres nos quedamos en la comunidad para apoyarlos desde aquí. Recuerdo que matamos varios pollos que estábamos criando para cocinar y enviar algo de alimento a los que estaban lejos, participando en la marcha.

Yo no participé directamente en las marchas, pero siempre ayudé a la organización mosetén. Cuando estuvimos formando nuestra organización, yo estuve ahí apoyándolos. He participado en las reuniones, en los congresos y me gusta formar parte de estas actividades porque para mí nuestra TCO lo es todo, es para nuestro futuro, para nuestros hijos. Hay mucha gente que vino de afuera y al principio bonito nos hablaban, pero luego empezaron a contradecirnos; algunos ya no quieren escucharnos, no quieren ni participar en las reuniones. Varios están entrando aquí; algunos son buenos porque nos apoyan, siempre están con la organización cuando hay ampliados, pero otros solo han venido a sacar algún provecho.

Nosotros aseguramos toda esta tierra para nuestros hijos y nietos, luchamos contra mucha gente que se oponía a nuestra TCO. Yo escuchaba a la gente decir que nos iban a quitar la tierra para dársela a los gringos, que en vano la estábamos saneando. Yo me ponía a reflexionar: si nosotros no podemos estudiar nada, somos cero de estudio, entonces solo tenemos nuestro terreno para vivir, eso nomás podíamos dar a nuestros hijos. Mucho se discutió y peleó para sanear este territorio; pocos fuimos los que quisimos el saneamiento aquí en Covendo. Finalmente hicimos firmar todo y ahora tenemos esto, que es el fruto de nuestra lucha.

PRIMITIVA VANI CANARE: EN BUSCA DE UNA TIERRA PROPIA Y LIBRE

Mi deseo siempre fue tener tierra propia, que sea para los hijos y nietos, un lugar de donde nadie pueda botarnos. Por eso, desde niño uno tiene que aprender el valor de esta lucha.

Nuestro deseo como mosetenes siempre fue tener nuestra propia tierra para los hijos y para los nietos, un lugar de donde nadie pueda botarnos. Con esta idea empezamos a organizarnos en la OPIM, después del secuestro de mi padrino, don Ignacio Merena. Éramos cinco comunidades las que nos unimos primero para tener más fuerza.

Los caciques y los dirigentes fueron siempre los que más se preocuparon por tener nuestra TCO. Don Matías Nate, don Humberto y don Anastacio Canare caminaron mucho y sufrieron también. Ahora están envejeciendo en su TCO que les ha costado bastante, aunque yo lo veo muy triste a don Anastacio.

Hay mucha gente de nuestro pueblo que no sabe lo que significa ser dirigente, no ha conocido de cerca su sufrimiento, por eso no aprecia el trabajo que hicieron en los años que se luchó por esta tierra. Nosotras, como sus esposas, sabemos cómo sufre un cacique, a veces ni plata tenían. No sé cómo salían a hacer sus trámites si ni aporte pedían. Y ahora de repente los interculturales nos quieren quitar la tierra; cómo hubiese sido si estas tierras no hubieran estado tituladas. Si ahora que están saneadas y con título, ni así nos respetan.

Cuando éramos dirigentes teníamos que viajar hasta el lugar donde nos citaban, podía ser La Paz, Trinidad, Santa Cruz, todo era por el territorio. Más que todo nos hacían llamar para decirnos cómo teníamos que defendernos, cómo teníamos que hacer para establecer nuestro lindero, cómo teníamos que trabajar. En uno de esos congresos casi pierdo a mi hijo, que se enfermó por el clima fuerte y frío de La Paz, pues nosotros no estamos acostumbrados a esa ciudad. Resulta que cuando llegamos al lugar donde sería la reunión, mi hijo se desmayó, por eso es que ya no pude escuchar lo que se dijo en ese congreso. Recuerdo que llevaron a mi hijo al Hospital de Niños, yo corría por los pasillos tomando la mano de mi otro hijo, lo llevaba casi a rastras porque no quería soltarlo, pues si lo soltaba podía perderse. Tuve que correr detrás de la enfermera y donde ella se paraba, me paraba yo también. Esas cosas pasé por el territorio cuando fui dirigente.

Una vez viajé a Trinidad para un congreso; tuve que dejar a mis hijos enfermos, por eso también lloraba mucho; charlaba con doña Carina Chairique, que también estaba en el congreso sin sus hijos, y las dos solo pensábamos en nuestras wawas, no sabíamos si estaban bien, si comían. Por pensar en nuestros hijos ni escuchábamos bien lo que se decía en la reunión, pero así se ha logrado el territorio que tenemos ahora. Mi esposo fue a las marchas por el territorio, primero apoyando a los indígenas del Beni. A mí me dejó con mi bebé, yo solita me he quedado aquí a trabajar para ellos. Creo que tardó casi un mes en volver; esa marcha fue muy larga.

Los interculturales no saben cómo se ha titulado nuestra TCO, cómo se ha trabajado, cómo hemos caminado montes, cerros. Hasta yo he caminado tras de mi marido, don Antolín Caimani, que era cacique. Una vez él cayó enfermo porque nos llovió y como no teníamos nailon para cubrirnos, quedamos mojaditos; solo con hojitas pudimos taparnos, pero chorreaba el agua sobre nosotros y así nos quedamos sentados esperando que pasara la lluvia. Antolín tuvo una fiebre muy alta, yo no sabía cómo ayudarlo y otro hermano mosetén me aconsejó que le diera uña de gato, con eso pudo recuperarse.

Así hemos pasado muchas cosas difíciles por el territorio.

TEODORA VANI CUALICO: CONSTRUYENDO UNA NUEVA FORMA DE LIDERAZGO MOSETÉN

No solamente he pensado en mí, he pensado en mis hijos, en mi comunidad, en mis hermanos mosetenes, por eso tengo ese ánimo de luchar.

Cuando recuerdo todo lo que me tocó vivir, quedo convencida de que yo nací para luchar. Tuve mi primer hijo a los 19 años y ahora soy madre de siete; desde muy jovencita empecé a trabajar, primero en la ciudad y luego volví a mi comunidad.

Me considero una mosetén neta; mis padres son mosetenes y yo nací en Covendo. Tengo mucho sentimiento por mi tierra y por eso creo que siempre me gustó luchar por mi gente.

Como mujer indígena, tengo experiencia en la dirigencia. Desde mis 25 años fui dirigente. He ocupado cargos dentro del club de madres y también he colaborado en varios comités, como el de salud y educación, junto al cacique de la comunidad.

Para una mujer, es muy difícil cumplir como dirigente porque se multiplican las obligaciones: están los hijos, el trabajo en el chaco, el cuidado de los animales, la limpieza de la casa; son muchas cosas que a veces se dejan de lado. Cuando estuve de dirigente me preocupaban mucho mis hijos.

Recuerdo que a veces tenía que viajar con mis wawas; la más chiquita iba encima de mi espalda. Yo misma me pregunto ahora cómo logré criar a todos mis hijos.

A veces es triste la vida de un dirigente; no hay mucho apoyo, no hay quién se pregunte en qué estado está esa familia cuando la madre o el padre es dirigente. Aunque también debo reconocer que algunas mujeres y hombres me han valorado; me dicen que soy fuerte, valerosa y luchadora, y eso me llena de orgullo. Mi esposo también me aconsejaba y me apoyaba; él se daba tiempo para cocinar, lavar la ropa o para ayudar en el aseo de la casa. Él también fue dirigente y los dos nos organizábamos para criar a nuestros pequeños y llevar adelante nuestras tareas dentro de la dirigencia.

Como a mí me gusta trabajar y ser líder, participé en capacitaciones en liderazgo y creo que eso me ayudó harto. Aprendí muy bien que un dirigente no tiene que servirse de la gente, sino servir a su pueblo. Yo tomé esa rienda; por ejemplo, en todas mis gestiones procuré no pedir aporte a la gente, prefería sacar de mi bolsillo, aunque eso significara privar a mis hijos de algunas cosas. Para mí estaba primero lograr mi misión, y la más importante fue la titulación de nuestra TCO.

Me acuerdo de que en esto trabajé con don Matías Nate, con él fui dirigente. En el 90 se empezó a hacer el trámite para la TCO; nos apoyaron bastante los de la ONG Movimiento Laico para América Latina (MLAL), pero dentro de nuestra misma comunidad había posiciones contrarias, unos querían la TCO y otros se oponía a esa idea.

Yo les decía a mis hermanos mosetenes que debíamos conservar esta tierra para nuestros hijos. Éramos dos mujeres las que gritábamos solas en las reuniones, después apareció también doña Emiliana Tayo. Había discriminación hacia las mujeres, a veces se reían de nosotras cuando opinábamos, pero a mí no me importaba eso, tenía fuerza y valor; estaba ahí por lo menos para hacerme escuchar, para luchar por el resto de las mujeres, aunque ellas se quedaran calladas. Así he sido dirigente, no había miedo, yo soy así; por ejemplo, en la ciudad tenía que hablar delante de los diputados, senadores, ministros, ya no había miedo, ya no era tímida como antes.

Hemos sufrido bastante con don Matías por culpa de los que estaban en nuestra contra. En aquella época recuerdo que me llegó un documento en el que se indicaba que debíamos presentarnos para no perder la TCO. Como había mucha gente en contra, que no creía que se luchaba por algo

que iba a beneficiar a todos, nos quedamos solos, éramos como cuatro personas que seguíamos luchando. Fue muy triste y difícil conseguir esta tierra. Nos preguntábamos cómo podíamos convencer a la gente, incluso llegamos a derramar lágrimas, pero al final lo logramos.

El proceso fue largo y penoso. Yo participé en tres marchas indígenas y recuerdo muy bien la del año 1996, que fue la segunda movilización. Caminé todo ese tiempo embarazada de tres meses, casi pierdo a mi hijo en esa ocasión. Cuando estuvimos en Samaipata, que fue de donde partió esta marcha, cada comunidad tenía su banda, su música autóctona; recuerdo que nosotros estábamos bailando adelante, como dirigentes de la OPIM. Era un día bonito, muy soleado y cuando llegamos a las ruinas (lugar arqueológico llamado El Fuerte) con tanta bulla, el cielo empezó a cambiar, se nubló, hubo ventarrón y después cayó una fuerte lluvia. Era increíble cómo caía el granizo y la lluvia; el viento era fuerte y parecía que los truenos iban a caer sobre nosotros. Había muchos niños con nosotros esa vez y esas wawitas se volvieron moradas por el frío, fue triste; todos nos mojamos y ni siquiera habíamos llevado carpas, solo teníamos un metro de nailon y con eso tapamos a los niños.

Al tiempo me di cuenta de que no fue bueno ir así en grupo y con música a ese lugar que muchos consideran místico. Cuando llegamos a Santa Cruz, nos tocó pasar esa primera noche de lluvia en un lugar donde entraba mucha agua; la gente ni siquiera pudo dormir porque el agua mojó nuestras camas, nuestra ropa y amanecimos parados en banquitos. Así hemos sufrido en esa segunda marcha. Y ahora yo me pregunto qué beneficio personal hemos obtenido los que luchamos por tener esta tierra, pues nada. En las reuniones siempre les digo que esta tierra es para todos nosotros, no para los gringos, como antes se decía.

Quisiera que ahora haya más mujeres, así como yo, que planteen, que hablen, que sientan cariño por esta TCO, así como he sentido yo. Ahora veo que hombres y mujeres mosetenes han estudiado, han salido bachilleres, pero noto que tienen vergüenza, no participan en las reuniones, no dicen nada, no sienten lo que antes se sentía por estas tierras.

YOVANA RADA VANI: LO ANCESTRAL COMO EL SENTIDO DE LA VIDA DEL MOSETÉN

No es difícil llegar a ser líder, lo que es complicado es mantenerse y tener todas las fuerzas necesarias para cumplir las promesas que se hacen.

Soy madre de unos gemelitos de tres años. Nací en Covendo, una de las comunidades con mayor trayectoria e historia dentro del pueblo mosetén. Actualmente soy presidenta de la Organización de Mujeres Indígenas Mosetén (OMIM). Es complicado ser dirigente, más aún cuando tienes familia. Yo, por ejemplo, tengo que recorrer las comunidades y no sé con quién dejar a mis hijos porque mi esposo tiene que hacer sus labores en el chaco.

Entonces, lo que hago es llevarlos conmigo a mis viajes, a mis reuniones; no lo hago con la intención de hacerlos sufrir, lo que quiero es que desde pequeños conozcan cómo es nuestra TCO, que sepan qué es el pueblo mosetén. Yo les hablo algunas palabras en mosetén y ellos aprenden muy rápido. También les cuento las historias que mis abuelos me narraban. Mi deseo es que desde niños aprendan la historia de nuestro pueblo y conozcan su identidad cultural.

Mi generación, por ejemplo, practica poco las costumbres de nuestros abuelos. Poco vamos a pescar, a cazar y casi no sabemos cómo se pide a los dioses. La mayoría de los jóvenes no conoce qué dioses tenemos, cómo se habla con los cerros; sabemos muy poco de nuestro territorio, de nuestra ancestralidad y eso en parte se debe a que no estamos muy interesados en la tradición de nuestra TCO Mosetén. Otra parte de culpa la tienen nuestras autoridades, padres y abuelos que no supieron incentivar a los niños y jóvenes para que se interesen por conocer su pasado como indígenas mosetenes. La verdad es que estamos perdiendo bastante de nuestra tradición. Esa es la situación actual y por eso me interesa cambiar esta realidad.

Desde la OMIM, junto a la gente que es parte de mi directorio, estoy buscando estrategias de trabajo con los jóvenes; por ejemplo, llevar a las unidades educativas a ex autoridades que conocen mejor nuestras tradiciones para que las compartan con los jóvenes de la comunidad. En Santa Ana se realizó un congreso de jóvenes entre 16 y 28 años. El resultado de ese congreso fue que los jóvenes quedaron conmovidos y preocupados por la situación en la que estamos viviendo y manifestaron su deseo de aportar para el fortalecimiento de nuestro territorio. Ahora estamos trabajando con ellos y fortaleciéndonos con sus ideas en reuniones muy productivas. Hacemos recorridos por las comunidades para recoger sugerencias sobre cómo podemos recuperar lo que éramos antes, nuestra cosmovisión, nuestra vivencia e identidad cultural.

Pienso que tener la tecnología presente entre nosotros, en nuestra comunidad, no debería significar perder nuestra identidad cultural y nuestra cosmovisión y eso lo han entendido los jóvenes. Si hay tecnología, también puede haber el mejoramiento de nuestra tradición, de nuestra cultura como pueblo mosetén. Esa es una idea y es una preocupación de nuestra TCO. El planteamiento es muy bueno y salió gracias al congreso con los jóvenes; realmente fue un evento que motivó bastante a la juventud. De esa manera es que ahora estamos trabajando con ellos. Básicamente, la idea es recorrer las comunidades para poder llegar a todas las unidades educativas, porque de ahí deberíamos partir para que los niños y jóvenes conozcan cómo funciona nuestro pueblo mosetén, qué tenemos dentro de nuestro pueblo, quiénes fueron los primeros habitantes de estas tierras y cómo vivieron.

También nos interesa que sepan cómo fue el proceso de titulación de nuestras tierras, cómo trabajaron nuestros dirigentes en ese tiempo, cómo fueron las marchas de los indígenas que pedían respeto a sus derechos, todo ese sufrimiento y lucha que hubo dentro del pueblo mosetén. Y eso

lo están entendiendo porque se les ha dicho que los derechos que se nos reconocen en la Constitución Política del Estado y en las leyes no son un regalo de ningún presidente. La nueva generación tiene que saber que todo eso es el resultado de una lucha, de una demanda, de un proceso que iniciaron los pueblos indígenas. Todo eso lo hemos ganado con marchas, luchas y sufrimiento. Y en ese proceso también participaron algunas personas que no eran de los pueblos indígenas, pero que nos apoyaron en nuestras demandas.

Me doy cuenta de que hay mucho por hacer, pero voy a respetar el mandato que me ha dado mi pueblo al elegirme como presidenta de OMIM. Sé que es una tarea que implica muchos sacrificios, pero acepto el desafío. Solo me encomiendo a dios todopoderoso, a los abuelos, a los dueños de toda la naturaleza para que me cuiden y no me pase nada, pues ya hemos tenido amenazas porque hay gente que nos ve como opositores. Sigo adelante en todo esto porque valoro el territorio y al pueblo mosetén, y esto lo aprendí de mis padres, que son todo un ejemplo para mí. Ellos se llaman María Vani y Rufino Rada y siempre han estado presentes en las luchas y demandas del pueblo mosetén y han respetado todo lo que es nuestro.

Mis padres siempre pensaron que primero está nuestro pueblo, nuestra comunidad, el lugar donde nacimos y donde crecimos. Fueron sus conocimientos y sus consejos los que me cautivaron y me impulsaron a participar en la OPIM y la OMIM. Cuando entendí cómo fue el proceso de la titulación y cómo era nuestra comunidad antes de la titulación, me interesé en participar activamente en la organización y la dirigencia.

También me motivaron las charlas con don Matías Nate, don Ignacio Merena, don Darío Chairique y doña Josefina Gigasi, que son personas que tienen mucho conocimiento sobre nuestras luchas como pueblo indígena; me conmovió bastante todo lo que me contaron. Me acuerdo también de lo que me contaban mis padres sobre cómo vivían mis abuelos. Me decían que antes vivían felices, que todo lo que comían lo producían ellos y que iban a cazar y a pescar al bosque. Todo lo que se cazaba y se pescaba no era para la venta, solo era para que la familia se alimentara. El arma era el arco y la flecha; la flecha significaba la supervivencia y la defensa del pueblo mosetén por la alimentación y la protección que les daba. Antes de internarse al monte para ir a cazar o pescar, pedían permiso al dueño de los animales y cada que cazaban siempre agradecían por el animal que habían atrapado. Antes, en el tiempo de mis abuelos, la fiesta era sagrada; se visitaban entre comunidades para compartir en sus festividades; era una bonita convivencia la que había antes de que llegara la colonización a nuestras tierras.

Ahora me siento preocupada como autoridad por las invasiones que tenemos, sobre todo de los colonizadores. También me preocupa lo que pasa con el gobierno actual, que no hace respetar nuestros derechos. Hay leyes a nuestro favor y tenemos derechos, pero no estamos siendo respetados y algunas personas no ven al pueblo indígena como algo especial, como algo que se debería valorar. Creo que se debería respetar la vivencia de cada pueblo. Ellos nos ven como que nosotros tenemos mucho territorio y que no sabemos trabajar. No saben cómo es realmente un pueblo indígena. No saben cómo es el fondo de cada pueblo indígena y a mí realmente me preocupa y me duele que estén pasando esas cosas, que nos quieran imponer mega proyectos, como las represas u otros trabajos petroleros y mineros. Están trabajando en esos proyectos a pesar de que nosotros cuestionamos que no se están respetando la Constitución Política del Estado, la Declaración de las Naciones Unidad sobre los derechos de los pueblos indígenas y el Convenio 169 de la OIT. No somos respetados.

No escuchan lo que nosotros pensamos, lo que nosotros queremos decir. Qué se podría hacer para que esto no siga, para que estas acciones no sigan haciéndonos daño.

ALICIA NATTE ROSENDI: EL PODER DE LA VOZ FEMENINA

Sigue habiendo machismo y la mujer quiere ser líder, pero a veces los varones no lo aceptan. La mujer debe perder el miedo, porque el miedo es el enemigo de nuestro ser.

Cuando cumplí 15 años me di cuenta de que tenía vocación para ser líder. Estando aún en colegio me nombraron presidenta del Centro de Estudiantes; empecé así y desde entonces he ido escalando, adquiriendo mayor responsabilidad en la tarea de representar a mi pueblo.

Creo que uno llega a ser dirigente porque es la comunidad la que nos evalúa y la que nos da ese poder, no se trata solo de que uno quiera ser líder. Mi historia comienza como vocal del centro de madres en Covendo y después llegué a ser presidenta de dicha asociación. Con el tiempo mi tarea se hizo más difícil, sobre todo cuando formé parte del Comité de Educación y después como responsable del área de salud; estuve diez años desempeñando esas funciones y en ese tiempo aprendí primeros auxilios, a manejar medicamentos, a hacer tratamientos, colaboré con el centro de salud, con los médicos y enfermeras.

Como mujer es difícil realizar estas tareas, sobre todo porque también somos responsables de un hogar, de una familia. Entonces, tenemos que trabajar más duro para atender a nuestros hijos y para resolver los problemas de la comunidad.

Dentro de la TCO sigue habiendo machismo; la mujer quiere ser líder y a veces los varones no lo aceptan. Nos dicen: "¡cómo vas a ir!, ¿quién va a cuidar a la wawa?, ¿quién va a cocinar?". Yo siempre me he enfrentado a mi esposo, a mí no me frena nada. Yo tengo que trabajar porque fui nombrada por mi comunidad y debo responderles. Sé de algunas damas que fueron nombradas dirigentes y que lamentablemente no supieron enfrentar esta realidad. Después de tantos años dentro del Comité de Salud, mi pueblo me nombró segunda cacique. Estuve dos años en ese cargo, haciendo frente a los conflictos con las empresas madereras por el tema de la tala ilegal. Recuerdo que ese fue un asunto muy lioso dentro de la TCO.

Después de eso ascendí a cacique, pero el problema con los madereros continuaba. Resulta que para que la madera salga de nuestro territorio esta tenía que ser legal, contar con permisos. Se formaron varios grupos en este negocio, unos trabajaban con la empresa legal y otros actuaban al margen de la ley. Como cacique me tocó poner orden a esa situación y actuar en los casos que correspondían a mi jurisdicción, es decir, la tala dentro de los límites de la TCO. Cuando se determinaba que la madera era ilegal se procedía a su decomiso, sin importar las consecuencias.

Cuando eres dirigente no tienes que mostrarte débil ni temeroso; por el contrario, debes reflejar fortaleza y así será más fácil enfrentar los problemas. Yo siempre aconsejo perder el miedo porque ese es el enemigo de tu ser; hay que tener mucho carácter, eso es importante. Tampoco se trata de ejercer presión, sino de dialogar para encontrar una solución, de eso se trata el liderazgo. El coraje es una característica de la mujer mosetén que es líder. Durante mi dirigencia sentí que hubo más respeto hacia las damas. Creo que las mujeres líderes no buscamos tantos pleitos, sino que procuramos calmar los ánimos y dialogar.

Poco a poco logramos mejorar muchas cosas dentro de nuestra comunidad, pero seguía preocupada y con ganas de continuar trabajando por mi gente desde un ámbito más amplio. En este contexto fue que me eligieron candidata a la Asamblea Departamental, pero logré avanzar más allá y llegué a ser representante nacional en la Asamblea Legislativa Plurinacional. En ese momento me sentí emocionada y orgullosa, porque por primera vez como pueblos indígenas habíamos llegado a este cargo.

Como mujer me siento feliz y trabajo tanto con tierras bajas como con tierras altas. Mi oficina siempre está llena de representantes de las organizaciones sociales que quieren tratar diferentes temas. Como autoridad, yo no puedo cerrarles la puerta ni decirles "vuelvan mañana"; soy enemiga

de decir eso porque conozco a los pueblos indígenas, sé que no viven a una cuadra de la Asamblea, entonces sí o sí tengo que atenderlos y tratar de solucionar el problema que me presenten.

Debo confesar que me ha costado bastante responder a mi hogar y a la comunidad; he sufrido mucho. Pero creo que si no defendemos nuestros derechos como mujeres siempre vamos a fracasar. Ahora necesitamos llevar adelante algunos cursos de liderazgo tanto para hombres como para mujeres; tenemos que saber consensuar entre los dos géneros.

Para ser líder tienes que estar dispuesto a enfrentar situaciones duras. Mi padre, Matías Nate, fue un ejemplo para mí; él se enfrentó a todo y luchó para que nuestro territorio sea reconocido por el Estado. En su caso y en el mío, la motivación fue el bienestar de nuestro pueblo mosetén.

CARINA CHAIRIQUE BOZO: LA FUERZA DE LA MUJER MOSETÉN

Yo no tengo miedo a la muerte, no tengo miedo a luchar por lo que es nuestro. Nosotros un día ya no vamos a existir, pero los frutos de esta lucha no se tienen que perder.

Me llamo Carina Chairique, soy de la comunidad de Santa Ana de Mosetenes. Mi vida ha estado muy ligada a la dirigencia y a la lucha por mi pueblo y mi territorio. A mis 25 años fui nombrada por primera vez dirigente y aún hoy, después de tanto tiempo, continúo apoyando a la OMIM, que es la organización de las mujeres, aunque ya no es con la misma fuerza de antes, cuando estuve muy comprometida con la lucha por la titulación de la TCO.

Estuve en la primera marcha indígena, el año 1990. Caminé junto a mis hijos, que aún estaban muy pequeños. Recuerdo que hubo mucho cansancio, llegamos a diferentes pueblitos y en algunos nos recibieron bien. Después de muchos días de caminata llegamos a La Paz, donde fuimos recibidos por los de la ciudad. Los dirigentes eran los que se reunían con la gente del gobierno y por las noches nos informaban sobre lo que había pasado en las reuniones. Esa fue la marcha por el territorio y la dignidad, y en ese entonces el presidente de Bolivia era Jaime Paz Zamora.

Cada dirigente tenía a su cargo un grupo. Por ejemplo, mi esposo, que era cacique, cuidaba a su gente, sabía muy bien cuántos éramos y tenía que buscar para nosotros un lugar para dormir y comida, y mientras nosotros descansábamos, los dirigentes iban a hablar con las autoridades. Nos dieron carpas, pero igual sentíamos mucho frío; recuerdo que sufrimos mucho, pues para nosotros fue un gran cambio sobre todo por el clima. También luchamos bastante en la segunda marcha, que fue en 1996, pero a esa yo no fui porque estuve embarazada. Cuatro años después tuvimos que iniciar otro movimiento, la tercera marcha, a esa fui nuevamente porque mis hijos ya estaban grandes y ellos me acompañaron. Comenzó en Montero (Santa Cruz); pedíamos la modificación de la Ley INRA y otras cosas más, y obtuvimos buenos resultados. Creo que si no marchamos hacia la ciudad de La Paz, nadie nos atiende ni nos escucha.

Después de las marchas llegó gente de la ciudad a nuestro pueblo, me imagino que eran personas del gobierno, y se reunían con los dirigentes. Cuando se iban, cada cacique hablaba con su grupo para explicar lo que se había hablado en la reunión. Sabíamos que todo este trámite iba a tardar años, pero no sabíamos cuántos.

También se trabajó bastante en el área de límites. Los que titularon sus tierras antes que nosotros nos explicaron cómo sería el trámite. Cuando llegó aquí el INRA se marcaron los puntos, los límites de lo que sería la TCO. Mi esposo era cacique y él fue quien ingresó al monte con un grupo caminando para reconocer los límites junto a los ingenieros que llegaron de La Paz; mi papá también fue su guía. Tenían que estudiar las huellas de los animales, saber dónde había plantas medicinales, los ojos de agua, los salitrales. También se tenía que tomar en cuenta el aprovechamiento forestal, por eso ahora nosotros no podemos entrar donde hay riqueza forestal, nosotros no podemos ir a chaquear esos lugares porque tienen que estar intactos.

Estuvieron dos meses en el monte porque todos los puntos quedaban lejísimos. Ese fue un trámite que nos exigían para la titulación. Después hicimos papelógrafos para mostrar cuáles eran los límites, cuánto había que andar. En comisiones salíamos para exponer este asunto de los límites e intercambiar experiencias entre dirigentes. También hicimos un censo para saber a cuántas hectáreas tocaba por familia.

Nosotros no podemos ir más allá de nuestra TCO, por eso tenemos que cuidarla. Yo sé que después va a faltar tierra, lotes sobre todo, para las personas que no fueron afiliadas en el censo. Ahora solo quedan serranías

y la gente nos reclama por eso, pero nosotros hicimos sanear esas tierras pensando en cuidar los ojos de agua, las plantas para la medicina tradicional, no hemos pensado en la extensión de la agricultura. Ahora son los jóvenes, los yernos más que todo, los que piensan en eso. No sé adónde llegaremos con tanto problema.

A nosotros, los mosetenes, nos interesa bastante cuidar estos lugares sagrados, pero el gobierno está matando a los pueblos indígenas con sus grandes proyectos, como el de la represa. Con eso todo se va a inundar, ya no tendremos lugares sagrados, esos sitios hermosos que hay a orillas del río, ya no habrá nada de eso. Por este asunto mi esposo está caminando ahora, yendo a Rurrenabaque, participando en talleres para que no haya represa.

Otro problema que tenemos ahora es que no somos respetados por los interculturales; los puntos que están como límites no son respetados. Yo me pregunto ahora qué tendremos que hacer para que respeten nuestra TCO, más que todo porque nos ha costado conseguirla haciendo marchas, no ha sido fácil. Nuestro propio gobierno nos hace esto; a los interculturales les da tierras aquí y allá, ellos lo venden, terminan de chaquear todo y se van a otro lado. Es triste ver todo lo que está pasando.

Yo creo que tendremos que hacer otra marcha por los puntos, porque Simay también está peleando por los límites; los interculturales también están en esa comunidad, igual han entrado sin considerar que es una tierra titulada. Los del INRA departamental están a favor más que todo de los interculturales y como no tienen conocimiento real de los límites, entregan tierras aquí y allá, y lo hacen mal porque no coordinan con nosotros. No hay que olvidar que para tener nuestra TCO sufrieron bastante los dirigentes; iban a La Paz o a Santa Cruz a talleres y reuniones. Por andar en estos trámites dejaron a su familia, arriesgaron sus vidas en el viaje, pidieron prestado porque no tenían plata. Esa es mi rabia ahora, ¿para qué fue ese sacrificio?, ¿para que no nos respeten los interculturales?

Yo no tengo miedo a la muerte, yo he ido a todo lado; mi esposo tampoco tiene miedo. Con la rabia que siento ahora, si me dicen que marchemos otra vez para defender los puntos, nuestros límites, yo iría con gusto, no tengo miedo, así voy a morir, luchando por lo que es nuestro. Ya estoy cansada de vivir así, en conflicto; no es justo que nos quieran quitar lo que tanto nos ha costado.

EMILIANA TAYO MAÍTO: BUSCANDO LA SUPERACIÓN DE LAS MUJERES

La mujer mosetén se siente capaz de aprender muchas cosas, por eso es bueno que siempre se capacite, que pierda el miedo y la timidez.

Mi nombre es Emiliana Tayo, nací en la comunidad indígena de Covendo. Yo, como mujer nativa, pienso que es muy importante poseer un territorio porque tenemos hijos, nietos, sobrinos y ellos necesitan un lugar para trabajar y sembrar productos que vayan en nuestro provecho. Nosotros tenemos todo el derecho de andar por nuestros bosques; somos hombres y mujeres de caza y pesca, de eso vivimos.

Y si no tuviéramos terreno, ¿dónde iríamos a trabajar?. Esa era mi pena, por eso participé siempre en las actividades que se llevaron a cabo año tras año en mi pueblo, como en el trámite para obtener la titulación de Tierra Originaria de Origen (TCO). Como mujer mosetén me sentía capaz de ser líder; fui parte de la Organización del Pueblo Indígena Mosetén (OPIM) y de la Organización de Mujeres Indígenas Mosetén (OMIM). Actualmente soy presidenta del proyecto Pacú.

Recuerdo que la lucha por ser reconocidos como TCO duró 10 años. Hubo varios problemas en ese entonces, pues no faltaron las personas que pensaban que íbamos a perder tierra, las que nos decían que era en vano lo que hacíamos y que esas tierras serían para los gringos, esas ideas malas nos metían; casi perdemos nuestra TCO, pero ahí estábamos las mujeres

dirigentes para luchar por nuestra gente. Ese año yo era la presidenta de la asociación de las mujeres de mi pueblo.

A pesar de estos problemas, decidimos viajar a Santa Cruz para firmar el trámite final porque ya teníamos todos los estudios para ser TCO. En ese tiempo, nuestro dirigente se rebeló, no quería firmar el documento que nos permitiría tener la titulación de nuestro territorio, pero nosotras no íbamos a perder esa oportunidad y viajamos nomás. Cuando regresamos con el documento de nuestras tierras firmado, nuestro dirigente nos recibió muy enojado; estaba molesto sobre todo con las tres personas que habíamos viajado e incluso nos amenazó con meternos a la cárcel, con hacernos justicia comunitaria delante de nuestra gente. Pero otras personas nos dijeron que no tuviéramos miedo, que nos pongamos fuertes porque todo lo que habíamos hecho era en beneficio de nuestro pueblo.

Y desde ese año nuestras tierras se convirtieron en TCO y eso nos llenó de mucho orgullo.

Antes de ser una TCO, yo participé en la segunda marcha indígena el año 1996. Fui a marchar porque los indígenas no éramos escuchados por el Gobierno. Caminamos durante mucho tiempo, día tras día hasta llegar a La Paz.

Recuerdo que en el camino el frío nos castigó; niños y personas mayores se enfermaron, nos pasó de todo. Pero a pesar de los problemas, yo siempre estuve con mis compañeros, incluso caminé todo ese tiempo con mi pequeña bebé en brazos, que se enfermó cuando llegamos a La Paz, y recién en ese momento tuve que abandonar la marcha porque no podía permitir que mi hija muriera.

Antes de que se creara OPIM-OMIM, no estábamos organizados. Recuerdo que la señora Lucrecia Josecito fue la primera líder que tuvimos. Pienso que es bueno participar en la lucha de nuestros pueblos; he adquirido mucha experiencia porque hemos sacado adelante varios proyectos sociales y porque he sido parte de capacitaciones sobre liderazgo. Yo creo que uno decide ser líder por el cariño que le tiene a su pueblo, porque quiere que este salga adelante. Por eso también he pedido capacitaciones para que mis compañeras aprendan más sobre cocina, repostería y tejido. Es lindo que la mujer mosetén se sienta capaz de aprender muchas cosas, que incluso quiera ser líder, aunque es cierto que no todos tenemos el corazón para seguir el camino del liderazgo porque es sacrificado, pues muchas veces no hay recursos para trabajar y la plata tiene que salir de

nuestros propios bolsillos, y porque ser líder significa abandonar a nuestras familias, pues es una labor que demanda mucho tiempo.

En las asambleas yo siempre les digo a las señoras, especialmente a las más jóvenes, que tienen que ser líderes, participar en las reuniones porque así se empieza, pues cuando participamos y pedimos la palabra se pierde el miedo y la timidez. Todos estos años hemos luchado por nuestros recursos, pues nuestra TCO tiene mucha riqueza forestal y no queremos que personas extrañas a nuestro pueblo nos sigan invadiendo. Nosotros tenemos reservas y cuidamos el medio ambiente; solo chaqueamos pequeñas extensiones de tierra, por eso hacemos reserva. También cuidamos nuestros ríos y los ojos de agua, por eso no sufrimos de escasez de agua. Los mosetenes sabemos conservar y reservar lo que la naturaleza nos da.

FELICIDAD TAHE DE SIQUIMEN: LA LUCHA POR MANTENER VIVA LA CULTURA MOSETÉN

Nosotros, como familia, mantenemos la cultura. Mi mamá confeccionaba el tipoy que antes se utilizaba, ahora ya no hacen así. Nosotros todavía guardamos esa tradición, no queremos que se pierda.

Mi nombre es Felicidad Tahe, tengo seis hijos y soy abuela de dos niñas. Me gusta charlar con ellos, sobre todo narrarles los cuentos que mi madre también me contaba. Mi hijo varón, el único que tengo, siempre me pide que escriba en un cuaderno los cuentos que conozco antes de que sea más viejita y me olvide o deje de existir. Hay bonitos cuentos; mi mamá, que vivió hasta los 80 años, conocía los más antiguos.

Hay mucha gente que ya no conoce estos cuentos. Los niños ya no hablan mosetén, otros lo entienden un poquito. Yo converso con mi esposo, que es originario de aquí, y los dos pensamos que nuestros hijos deben conservar nuestras costumbres, pero los hijos de mi hermano, por ejemplo, ya no entienden nuestro idioma. En el pueblo un poco mantenemos nuestra cultura, todavía están las fiestas, los bailes y la música autóctona. La vestimenta de los antiguos, como el tipoy que mi mamá usaba, ahora solo lo utilizan para disfraces.

Mi esposo hace máscaras para las danzas nativas; hay en forma de osos, lagartos, perros, gallinas, monos y algunos felinos. Para elaborar estas máscaras, se usa las ramas de los árboles y se trabaja la madera para que adquiera la forma de algún animal.

Mi hijo, que ahora tiene 18 años y estudia en La Paz, me agradece también que le haya enseñado mosetén; él no lo habla, pero sí lo entiende. Me parece que a él le interesa más nuestras tradiciones. Por ejemplo, tiene un escrito sobre medicina natural, yo le ayudé con eso. Las tapas de ese texto las hizo de hoja natural de plátano, bonito le ha quedado.

Yo sé de muchas plantas que curan; hay para todo tipo de mal, desde una molestia en el ojo hasta la diarrea o la fiebre. Para curar la varicela, por ejemplo, se debe hacer hervir las hojas del tamarindo y tomar esa agua como matecito.

Antes aquí no había hospital, por eso las mujeres tenían a sus bebés en sus casas; yo tuve a mis hijos en la casa, mi mamá me ayudó en los partos. Hay mujeres que tienen varios hijos, ocho o diez; sé que también hay remedios para no tener tantos hijos, pero yo no los conozco bien. Nunca me atreví a preguntar a mi madre cuál planta era, pues ella me decía que era malo no tener hijos: "si la mujer ha venido a tener hijos aquí, tienes que tener hijos", eso me decía. Creo que es necesario que los jóvenes conserven nuestras costumbres y tradiciones. Es una pena que ni mis hijas quieran hacer nuestros tejidos. En mi pueblo, las mujeres somos las que tejemos el *mari*; las más ancianas son unas expertas realizando hermosas piezas con lindos diseños. Las trinitarias lo tejían de algodón, pero ahora ya no. Yo sé tejer bien el *mari* y también conozco la técnica trinitaria. Lamentablemente ya no se hace el mari que nos han dejado nuestros tatarabuelos; yo aprendí con mi mamá y me gusta mucho hacerlo. ¡Cuánto quisiera que mis hijas me digan que quieren aprender a tejer este bolso!, pero ya no hay esa voluntad.

Mi esposo y yo nos colaboramos mucho; él es algo tímido, ha estudiado poco, creo que ha llegado solo hasta primero de secundaria, por eso me manda a mí para hacer algún trámite o a alguna reunión de la TCO, pero él también pone su parte y se queda en la casa para cuidar a las wawas y para hacer la comida, así compartimos obligaciones y a veces algunas ideas. Ahora ya es obligatorio ocupar algún cargo en la organización de nuestra TCO. Si el esposo está en la reunión, se lo elige a él, y si es la mujer la que está presente, entonces se la elige a ella, pero puede haber una conversación con el marido para pedirle que él nomás ejerza el cargo.

Mayormente así nomás nos organizamos mi marido y yo. Por ejemplo, cuando hay trabajos comunales, como limpiar la plaza, mi esposo es el que sale a trabajar, y cuando hay reunión del pueblo, soy yo la que asiste, así compartimos el cargo.

Asisto a estas reuniones de la TCO porque lo que a mí más me importa es que se respeten nuestros terrenos y los cultivos. Pero he notado que los límites de la TCO se han reducido; antes el punto que nos servía de guía para saber hasta dónde eran nuestras tierras quedaba lejos, muy arriba de aquí, en el encuentro de dos arroyos, pero ahora alzo la mirada y lo veo aquí nomás, muy cerca. Hay grupos de gente que nos están rodeando; ellos dicen que están asentados en tierras fiscales, fuera de la TCO, pero yo en realidad veo que nuestro territorio se está reduciendo.

Me preocupa esta situación. Me acuerdo de que cuando recibimos la titulación, cuando don Justo Piza era presidente de la OPIM, hubo fiesta y todos estuvimos muy alegres. Para nosotros fue un gran logro luego de tanta lucha, sobre todo de nuestros dirigentes como don Matías Nate. Pienso que ahora tenemos que cuidar lo que conseguimos con tanto sacrificio y evitar que sigan entrando a saquear nuestros recursos.

Semblanzas masculinas

ANTOLÍN CAIMANI JERO: UNA VIDA DE LUCHA POR EL TERRITORIO

¿Por qué tendríamos que irnos? Este es nuestro territorio y voy a luchar por este suelo hasta que me muera.

Según lo que cuenta mi padre, antes éramos libres, no había gente de otro lado entre nosotros, solo había un contacto directo con los tacanas y lecos. Los abuelos de mis padres estaban en contacto con los cerros, con el bosque, con el espíritu de los animales, era una vivencia libre. Después llegaron los misioneros españoles y entonces conocimos otras cosas.

Los curas trajeron el cuchillo, el dulce, la ropa, los espejos, la Biblia; ellos quisieron civilizarnos y ahí fue cuando se produjo un cambio; por ejemplo, empezaron a bautizarnos como parte de un ritual de la religión católica. Estos misioneros nos obligaron a reunirnos en grupos, a vivir juntos y de ese hecho surgió el caciquismo.

Tiempo después, tras la revolución del MNR de Víctor Paz Estenssoro y con la apertura de caminos, llegaron hasta aquí colonos del altiplano. Se asentaron entre nosotros bajo un sistema de ubicación intercalada, es decir, un mosetén, un colono, un mosetén, un colono. Esto tenía el propósito de que haya un trabajo conjunto dentro de la comunidad, ese fue el acuerdo entre ambas partes, pero después los nuevos colonos instauraron el sindicalismo y aparecieron los problemas.

Esa gente que llegó de otros lugares obligó a nuestros compañeros mosetenes a vender sus terrenos; algunos dejaron sus tierras a cambio de una escopeta o una grabadora.

También hubo depredación de nuestros recursos naturales. La gente que vino de La Paz y de Cochabamba sacaba la quinina, que fue el primer árbol de nuestro bosque que depredaron. Nosotros no recibimos ningún beneficio, todo se han llevado gratis, no pagaron ni impuestos, fue una especie de cosecha libre. Después empezó también la codicia por la madera mara. Ahora hay muy poco de estos árboles, por eso pedimos un proyecto para hacer una reforestación en las áreas de la TCO que fueron devastadas; queremos reforestar con plantines de estas especies de madera para que esto pueda dar trabajo a las personas de aquí.

Por estas cosas que nos han pasado es que me parecen importantes las marchas que hemos realizado, que fueron movilizaciones por el territorio, la dignidad y la defensa de los pueblos indígenas. Estos movimientos sirvieron para que nos reconozcan como pueblo mosetén, como indígenas más que todo. Han sido bastante sacrificadas las marchas, pero hemos llegado a recibir un resultado directo del Gobierno, y los hermanos paceños se dieron cuenta de que existían indígenas en el norte de La Paz y que somos como 13 pueblos. Fue un logro de ese tiempo. Nosotros nos reconocimos entre los lecos, tacanas, chimanes, esse ejjas y los araonas.

Me doy cuenta de que nuestras organizaciones (OPIM y OMIM) nacieron de la voluntad de nuestra misma gente para hacer respetar nuestros derechos sobre el territorio. Recuerdo que entre Orlando Morales y yo concretamos la sigla de la Organización del Pueblo Indígena Mosetén y luego entramos en consenso con toda la directiva. Primero pensamos en PIM y luego, para que sonara mejor, se nos ocurrió añadir la letra "o" –de organización– y así surgió la sigla OPIM.

Me acuerdo que en este caso también tuvimos problemas con los colonos porque ellos no querían que nos organizáramos, estaban en contra del pueblo mosetén. Nos decían que solamente íbamos a ser cuidadores de un territorio, que los gringos iban a venir para ser los dueños de estas tierras y que a nosotros nos iban a botar. ¿Por qué decían eso?, pues porque, así como estaban las cosas, había una facilidad para que ellos saquen la madera, abusen de la gente, era por eso que no querían que haya una organización. En todo este lío yo llegué a ser muy cuestionado como dirigente; hubo también amenazas, nos decían que nos iban a hacer desaparecer en el monte, pero nunca lo hicieron. Creo que solo eran amenazas fuertes

para asustarnos, y como prevención en ese tiempo nosotros andábamos en grupo, pero no nos pasó nada.

Ahora nuestras tierras están tituladas y saneadas, pero los interculturales están ingresando a nuestras comunidades como cuñados, como yernos, como familia política de los mosetenes. Esta relación tiene un costo porque los interculturales tienen otras ideas, piensan distinto al mosetén.

Nosotros seguimos trabajando para que se nos respete como pueblo indígena. Por ejemplo, en la marcha del año 2007 nos movilizamos para garantizar el derecho de los pueblos a la autonomía; hemos logrado que los pueblos indígenas quieran ser autónomos, hemos pedido eso. Como mosetenes podíamos formar la autonomía directa, tener un municipio indígena, en eso continuamos trabajando ahora.

Pero me da pena pensar en que ahora ya no somos unidos como antes. Por ejemplo, aquella vez que los colonos entraron a nuestras tierras a cortar madera mara sin ningún permiso, nosotros nos unimos y todos juntos fuimos a enfrentarnos con ellos, a defender nuestros recursos. Recuerdo que les quitamos la madera, la recogimos y la llevamos en hombros hasta unas dependencias de la Naval. Quisieron negociar, recuperar esos troncos, pero no pudieron; finalmente la madera se quedó para la comunidad.

Es triste ver que ahora nos quieren utilizar como si fuéramos un objeto, ya no nos respetan como nación; por cualquier cosa mandan policías y hasta los mismos fiscales no conocen la ley jurisdiccional de los pueblos indígenas. Creo que es en vano lo que dice la Constitución sobre los pueblos indígenas; no se está cumpliendo eso de que nuestro territorio es intangible y en los hechos la ley no nos protege.

MATÍAS NATE TAYO: LÍDER Y CONSERVADOR DE LA MEMORIA HISTÓRICA

Yo tenía un sueño y por eso no sentía miedo de cumplir todos los deberes. Guardo los documentos porque son parte de nuestra historia que no se debe perder.

Recuerdo a mi abuelo siendo líder de nuestro pueblo, él me dejó ese legado. Como tengo sangre mosetén, quise seguir su ejemplo. La primera vez que me nombraron cacique tenía 35 años; estuve cuatro años en el cargo y al principio no hice mucho, pues me interesé más en conseguir un profesor del Estado para la escuela. En mis primeros años de actividad como autoridad sufrí mucho.

Como no era fácil trasladarse de un lugar a otro en esos años, tenía que ver la forma de movilizarme; a veces conseguía camión y otras tenía que ir a pie. Por ejemplo, de Santa Ana había que caminar hasta Palos Blancos durante un día, de Palos Blancos te tomaba otro día hasta llegar a Covendo.

Una vez me animé a caminar de noche porque había luna llena; tomé un poquito de agua y empecé a transitar esos caminos cargando de algunos panes para mis hijitos. Recuerdo que había lugares que me asustaban porque me acordaba de los comentarios que hacían los más ancianos de mi pueblo, quienes contaban que por ahí aparecían duendes, tigres y no

sé qué cosas más. Me quedaba tranquilo cuando la luna alumbraba bien, pero donde el monte estaba oscurito tenía que silbar, así solito llegaba a mi destino. Así era mi actividad cuando era cacique.

Cuando entré a la Organización del Pueblo Indígena Mosetén (OPIM), el año 1994, tenía muchos encargos para llevar documentos a La Paz. Y para que un camión me llevara gratis, tenía que ayudar a cargar madera. Recuerdo que llevaba papeles muy importantes y una vez me entregaron unos muy antiguos, que eran documentos que un sacerdote había tramitado para los mosetenes de este sector. Los mosetenes teníamos títulos individuales de 20 hectáreas y cuando se organizó la OPIM se pidió una copia de estos documentos porque se debía mojonar las 20 hectáreas, esa era la idea y para eso se tenía que recoger todos los títulos, que eran 108 en total, y llevarlos a La Paz para fotocopiarlos y seguir los trámites.

Un día, en Palos Blancos, me quedé dormido en la acera esperando que apareciera un camión para ir a La Paz. Recuerdo que tenía un portafolio donde estaban los documentos y una mochila con mi ropa; cerca de mí había un hombre que estaba echado y no me di cuenta de que era un ladrón. En un descuido me quitó mi mochila, afortunadamente no se fijó en el portafolio donde estaban los documentos, pero la pena fue que me dejó sin ropa.

Los documentos son parte de nuestra historia. Yo guardo uno muy importante de Fray Nicolás Armentia y otro que salió del colegio de Tarata, un manuscrito con timbre sellado que me dijeron que está firmado por Narciso Campero, que fue presidente de Bolivia. Debido a los años, ahora ya no se puede distinguir las letras de ese papel. No recuerdo bien, pero parece que fue un guarayo el que nos trajo ese documento en aquella época en la que el pueblo mosetén estaba sindicalizado. Parece que fue él quien entregó ese documento al cacique y cuando yo recibí el caciquismo depositaron ese escrito en mis manos; hasta el día de hoy yo guardo esos papeles, no se los he pasado a las autoridades, ni siquiera a los caciques porque son descuidados, no saben guardar las cosas.

Otra cosa que recuerdo de este guarayo que nos visitó en Covendo es que nos sacó del sindicalismo. Nos dijo: "¿por qué ustedes van a meterse en el sindicalismo?, ustedes son originarios de este lugar, ¿acaso son migrantes? Ustedes tienen que seguir sus caciquismos, sus costumbres". Y fue así como abolimos el sindicato y volvimos al caciquismo.

Cuando ocurrió el problema del cacique (Ignacio Merena) secuestrado en Muchanes por personas que quisieron tomar esas tierras, una ONG (Movimiento Laico para América Latina- MLAL) nos mandó a encontrar al Coordinador de los Pueblos Étnicos Humberto Monterrey y él nos aconsejó unirnos y organizarnos entre las comunidades formadas por nosotros los mosetenes, que eran tres en un principio (Covendo, Santa Ana y Muchanes). Entonces nos quedamos con esa idea y empezamos a formar lo que ahora es OPIM. Fue en Covendo donde se eligieron el nombre y la sigla, y en Santa Ana se posesionó a las nuevas autoridades; en ese acto nos acompañaron los chimanes y la Central de Pueblos Indígenas del Beni (CPIB). Así fue como nos organizamos, pero no hubo ni libro de actas; yo conservo algunos papeles sobre los compromisos que hicimos mujeres y varones. Así se formó nuestra primera organización.

La marcha del año 1996, cuando yo ya era presidente de la OPIM, fue muy importante porque se luchaba por el territorio. Nosotros participamos en ese movimiento que también pedía una nueva ley de tierras. Después nació el INRA y nuestro mayor logro tras años de lucha fue que recibimos la denominación de TCO. La OPIM habla por nosotros y esto me parece muy importante porque los interculturales llegan aquí para agarrar tierras debido a que en la TCO no hay impuestos; creo que por eso viene la gente. Si no hubiéramos tramitado nuestra titulación, quizá nos hubieran botado abajo o ya ni existiría esta tierra, pues todos nos invadían, entre ellos los interculturales y colonizadores.

Aquí los interculturales han comenzado a usar las motosierras para tumbar árboles; antes no conocíamos la motosierra ni nada de esas cosas. Mi temor es que nuestros nietos no lleguen a conocer maderas como la mara o la quina, ni los árboles medicinales porque hay mucha gente que está destruyendo los bosques. ¿Adónde tendrán que ir nuestros nietos para conocer los árboles? Nadie se da cuenta de eso.

JUAN HUASNA BOZO: UNA VIDA DE ENSEÑANZA DE LA CULTURA MOSETÉN

Yo siempre digo que el mosetén no tiene que tener vergüenza; esta es nuestra lengua y nuestra sabiduría, nadie nos las tiene que prohibir.

Mi nombre es Juan Huasna Bozo, tengo 64 años y soy del pueblo indígena mosetén. Nací en Santa Ana y crecí en Covendo, pero he estado en muchas partes y he conocido varias culturas; por ejemplo, conocí en Santa Ana al último chamán – sabio y anduve mucho tiempo por el Beni, conociendo a los chácobos, tacanas, esse ejjas y a los yaminahuas.

Siempre me hablan en quechua los quechuístas, en aymara los que son del altiplano y en trinitario lo hace mi mujer, y por eso yo hablo todas estas lenguas, no mucho pero me defiendo, y de esto se admiran algunas personas.

Yo no soy profesional, pero me han llevado a la universidad para que enseñe el idioma mosetén. No solo les enseño el idioma, sino que también les hablo sobre nuestras costumbres. Creo que los jóvenes tienen que saber quiénes eran nuestros antepasados, en qué creían, cómo vivían; muy pocos son los jóvenes que pueden hablar de esas cosas y muy poco aprecian nuestra historia.

Estamos perdiendo mucho el valor de nuestros dioses. Antes de la llegada de los españoles había este dios llamado *Marij*, que era adorado por nuestros abuelos. Este era el dios que el pueblo mosetén conocía, el que cuidaba a los animales y al bosque. Antes, cualquier cazador tenía que pedir permiso a este dios para entrar al monte; le hablaban con estas palabras: "danos animalitos, estamos yendo a buscar animal para que nuestros hijos se alimenten". Después de la caza, cuando regresaban con sus presas, ofrecían su primera tutumada de chicha a este dios y daban gracias; yo sigo creyendo en esto.

Además, este dios *Marij* tenía su mujer que se llamaba *Nayta*; y también teníamos otro dios, el dueño del río, que se llamaba *Opito* o Arco Iris.

Cuando nuestros abuelos iban al monte con su flecha, tenían que adorar primeramente al dios *Marij* y solo se permitía matar la cantidad necesaria para el consumo de la familia, no era como nosotros hacemos ahora, que cazamos cinco o seis para la venta y nos quedamos con la cabecita del jochi; han cambiado mucho nuestras prácticas. Cuando cazaban un jabalí, le sacaban el hígado, lo envolvían en una hoja de patujú y lo enterraban donde había sido matado. Esta era una ceremonia muy importante y se la hacía para que nunca falten estos animales. Algunos todavía estamos manejando estas costumbres; en realidad tenemos muchas creencias que nos hacen mosetén y que ahora estamos perdiendo.

Yo siempre hablaba con los abuelos para conocer los cuentitos y las creencias. Antes había la costumbre de sentarse en una estera, tomar chicha y empezar a contar cuentitos. Ahora, esos abuelos nuestros se han muerto, pero tengo grabadas sus narraciones, sus creencias, sus historias, los trabajos que han hecho; me parece que mi vida ha servido para eso. No quiero que esto se pierda, quiero que se conozcan nuestras leyendas y nuestras tradiciones.

Los indígenas vemos a la naturaleza como nuestra madre porque comemos y vestimos de ella con todo lo que nos da. Pero también nos cura y en eso encontré otro oficio que ahora siento que es un don que se me ha dado en esta vida.

Cuando era joven y estaba en el cuartel vi las curaciones que hacían los tacanas y también en mi pueblo aprendí con mi padre. Pero a lo que presté atención, cuando estuve por el Beni, es a la forma en la que curaba un viejito con yerbas. Un día me tocó poner en práctica esos conocimientos cuando un soldado que era mi compañero, estando en un lugar muy alejado, se enfermó, entonces recordé cómo se curaba con yerbas; usé una planta que se llama *fortuna* y que es contra la fiebre. Los tsimanes también

manejaban este conocimiento, pues antes no había ni caminos ni doctores por estas tierras.

Así, con esta yerba, tabaco y otras cosas más que recordé hicimos que este soldado se recupere. Después, cuando salí del cuartel, me olvidé de esa habilidad que había adquirido con las plantas. Pero cuando tuve hijitos la cosa cambió porque tuve que comenzar a recordar y a aprender más, o sea, a conocer las plantas. Así fue entonces que me pusieron a trabajar en el hospital con un doctor. Ahí me enseñaron sobre las medicinas y la fisiología, y con esos conocimientos ya domino los partos y también sé hacer suturas.

Comencé a trabajar con medicina y los abuelos me traían las plantas para estas cosas, para estos males; yo tenía que practicarlo y con el tiempo me gustó. Ahora ya conozco más, me compré libros y también aprendí de varias culturas. Algunas personas me buscan para que dé charlas sobre las enfermedades y la medicina natural, e incluso hice unos cuantos folletos sobre estos temas.

Atiendo en mi casa nomás y me buscan para el tratamiento de cálculos biliares, problemas en la próstata, inflamación de los riñones, todas esas cosas voy curando con hierbas, pero lo que no permito es que me confundan con un brujo. Sé que en cada pueblo existen brujos que dicen que hechizan y curan, pero yo no creo en esas cosas de brujería, para mí no existen. Desde chico siempre anduve por todo lado, desde mis 14 años, y felizmente caí en manos de un señor muy bueno que me enseñó a hablar bien el castellano y a ser educado; esas cosas yo las aprendí en otro lugar, no en mi pueblo, ni siquiera con mi padre o con los curas.

Nosotros no tenemos profesores nativos, por eso los chicos hablan en castellano nomás y se les enseña otras cosas que no están muy relacionadas con su cultura. Creo que por las escuelas y las religiones estamos perdiendo nuestra cultura y nuestro idioma. Por ejemplo, en mi pueblo los interculturales a veces nos insultan y de vergüenza uno tiene que esconderse, pero cuando fui a otros pueblos, como Tiraque, en Cochabamba, oí que hablaban quechua, incluso jugando pelota hablaban su quechua; fui también al altiplano y escuché hablar en aymara. Entonces, yo les explico esto aquí a mis hermanos mosetenes y les digo: "ustedes no tienen por qué tener vergüenza, esa es nuestra lengua, eso es de nosotros, nadie nos tiene que prohibir". Yo les enseño eso.

HERIBERTO MAZA SEMO: LIDERAZGOS ACTUALES Y NUEVOS DESAFÍOS

Lo más importante es conocerse, saber qué hago dentro de mi familia, dentro de mi comunidad, dentro de mi TCO. A partir de esta reflexión interna y con nuestros conocimientos ancestrales, se podrá hacer frente a cualquier dificultad, mostrando al mundo que los pueblos indígenas sí existimos.

Me llamo Heriberto Maza y soy descendiente directo de los mojeño-trinitarios. Mis padres llegaron a estas tierras cuando aún estaban aquí las misiones de los franciscanos. Vinieron en busca de la Loma Santa. Nací en estas tierras y ahora soy miembro de la comunidad de San Pedro de Cogotay, que está ubicada dentro de la TCO Mosetén.

Yo veo al mosetén como una persona apacible y tranquila; esas son características que se constituyen en nuestra fortaleza porque nos ayudan a afrontar cualquier problema. La actitud que tenemos frente a la vida debería ser apreciada por las otras personas, deberían aprender de nosotros los indígenas. Como cultura, creo que nuestros valores fundamentales son la honestidad, la responsabilidad y la humildad.

Lamentablemente, con la llegada de la tecnología a nuestras comunidades estamos perdiendo parte de nuestra identidad, pero creo que estamos a tiempo de contrarrestar esa situación. Por eso considero importante empezar a trabajar con los niños en las escuelas, dándoles textos y documentales en los que se les muestre cuán importante es nuestra cultura; hay que

enseñarles que nuestra música es el viento, el canto de los pajarillos, que todo eso tiene mucho significado y mucho mensaje. Nuestra cultura nos hace lo que somos, nos identifica como grupo social. Mi política personal siempre ha sido el diálogo; no creo que el enfrentamiento pueda conducirnos a algo bueno, por eso prefiero comunicarme, hablar con la otra persona para entender el porqué de ciertas actitudes.

Actualmente soy presidente de la Organización del Pueblo Indígena Mosetén (OPIM). Eso de ser dirigente ha formado parte de mí siempre, pues recuerdo que desde pequeño me gustó estar con la gente, estar en grupo, organizar, ser un líder, un representante. Creo que nací para dirigir y ayudar, debe ser mi estrella.

Otra razón es que también he sido víctima de discriminación cuando salí a otros lugares. Sentí que mi deber era no permitir que otros también sean discriminados. Algo que nos enorgullece a los mosetenes es que somos uno de los primeros pueblos de tierras bajas en haber sido reconocidos por el Estado como Tierra Comunitaria de Origen (TCO). Recibimos nuestro derecho propietario el año 2001, pero todo se inició mucho tiempo antes, cuando tres comunidades (Muchanes, Santa Ana y Covendo) empezaron a organizarse en Santa Ana, el año 1994; posteriormente se unieron San Pedro y Simay. Las cinco comunidades estuvieron desde un principio luchando en el proceso de consolidación de la TCO. Recuerdo que hubo marchas y tras varias acciones logramos contar con la Ley INRA, en 1996.

Como dirigente del área de tierra y territorio, allá por los años 1999 al 2001, me tocó la responsabilidad de dirigir esta lucha. Estuve permanentemente en la ciudad de La Paz; el INRA era como mi casa porque entraba y salía todos los días haciendo el seguimiento de trámites, como la georreferenciación y pericias de campo.

Creo que lo fundamental en todo proceso de lucha es que estemos unidos, que todos hablemos a una sola voz y además que sepamos dialogar. Es primordial luchar por nuestros derechos, por nuestro territorio, porque aún hay gente que piensa que nosotros, como indígenas, somos inútiles. He escuchado decir: "para qué quieren tanta tierra si ni siquiera la van a trabajar". Quiero decirles a todos los que piensan así que para nosotros el territorio es fundamental, que en ese espacio geográfico es donde hacemos todo, es como nuestro pequeño Estado; en nuestra tierra soñamos con proyectos, practicamos todo lo que sabemos, ahí se desarrollan nuestras instituciones, es nuestra herencia.

Mi vida como dirigente ha estado llena de retos y de dificultades, aunque también he saboreado las victorias. Puedo decir que una de las mayores dificultades es que no hemos tenido un apoyo directo del Estado, que es el que debe promover el desarrollo en los pueblos, pero respetando las normativas y procedimientos propios. También hay muy poca atención de parte del gobierno departamental; estos sobre todo son los escenarios en los que tenemos conflictos.

Más allá de lo político, nosotros, como dirigentes, estamos viendo el sentir del pueblo, ese sentimiento hacia el territorio, el cuidado del medio ambiente y sobre todo el respeto entre hombre y naturaleza. También ha sido un gran reto ver cómo podemos trabajar para contar con proyectos productivos que las comunidades necesitan; hay iniciativas familiares y grupales, pero vengan de donde vengan los proyectos, nosotros siempre vamos a velar por la integridad territorial y la identidad cultural.

Fui elegido presidente de la OPIM el 20 de agosto de 2016. Mi principal objetivo al asumir ese cargo fue trabajar para que la organización supere el divisionismo que originó la exploración sísmica 2D que realizó aquí YPFB. Nos debilitamos un poco porque no habíamos consensuado para la entrada de las petroleras a la TCO. No recuerdo muy bien qué año vino la petrolera, pero desde ese tiempo hubo algo de divisionismo; sin embargo, pudimos volver a la unidad de antes. Recuerdo que antes tampoco había injerencia de terceras personas; las autoridades eran legítimas porque surgían de la misma comunidad, pero ahora 'se han hecho de yernos', gente de otros lugares, y eso para mí ya no es una representación legítima porque se delega el derecho.

El pueblo indígena siempre ha sabido manejarse en armonía con el territorio, pero el que viene de otro lado vela más por su propio interés, es más mercantilista, le gusta solamente explotar y explotar, entonces ahí surgen los problemas. Si eres un líder, un representante legítimo de algún lugar, tienes que hacer algunos sacrificios. Lo más complicado es quitarle a tu familia el tiempo que les corresponde y eso crea dificultades, malentendidos y discusiones. Yo sobrellevé todo eso con mucha paciencia.

Ahora, después de muchos años, me doy cuenta de que la familia es lo primero. Ahora ya no le dedico mucho tiempo a la dirigencia, pero siempre cumplo con mis obligaciones como se pueda, ese también es un reto.

Lamentablemente, lo económico se ha vuelto parte importante para la subsistencia dentro de las comunidades indígenas, porque hay necesidades

como los estudios de los hijos, la salud, la vestimenta; estamos en otros tiempos y ya no es como en la época de nuestros antepasados. Otra cosa que ha cambiado también es el rol de la mujer. Algunas de ellas, muy pocas en realidad, deciden ser representantes, hablar en nombre de la comunidad, motivadas por quienes las empujamos para que asuman el papel de líderes, pero aún hay temor y timidez, quizás es culpa de la familia, donde está presente el machismo, pero esto poco a poco está cambiando, aunque no como se lo espera. Pienso que hay que vencer la timidez, que es un gran obstáculo.

Nosotros, como dirigentes, debemos ser honestos, sencillos, humildes, ser ejemplo y dar el mensaje de que todo se puede en esta vida, de que es justo luchar por nuestra autonomía y para lograr el respeto hacia todo lo que somos los pueblos indígenas.

ANASTACIO CANARE CUALICO: DEFENSOR DEL BOSQUE

Nosotros nos hemos formado como guardas forestales para cuidar nuestros árboles y para defender nuestro territorio.

Mi nombre es Anastacio Canare, soy comunario de Santa Ana. Mi vida la he dedicado a la protección del territorio mosetén, incluso sacrificando el tiempo que debía ofrecer a mi familia, a la que muchas veces abandoné por defender nuestra tierra.

Cuando aún no éramos una TCO había muchos problemas; nos querían sacar de nuestras tierras, botarnos a otro lado. Eran los colonos, personas de otros lugares, los que nos querían aislar. Ellos formaron un sindicato y nos obligaban a cumplir ciertos trabajos, y como nuestros padres y abuelos no estaban acostumbrados a esa forma de vida, muchos dejaron sus lotes y los colonizadores acapararon esos terrenos más. En este caso nosotros no podíamos dominarlos; entonces decidimos seguir el trámite para defender nuestras tierras de tanto abuso porque nosotros habíamos nacido y vivido desde siempre en este lugar.

Con el fin de defender nuestro territorio formamos la directiva de nuestra propia entidad (OPIM) y nos afiliamos a la Confederación de Pueblos Indígenas de Bolivia (CIDOB. Mi hermano, Humberto Canare, fue el primer presidente de nuestra organización. Entonces fue cuando se empezó a hablar de la Tierra Comunitaria de Origen (TCO). Recuerdo que mi hermano Humberto sufrió harto en este proceso de consolidación de la TCO. Sin conocer casi nada de estos trámites, tuvo que ir muchas veces

a La Paz, donde se quedaba durante semanas, lejos de su familia. Él me contó que la pasó muy mal, sobre todo por el clima de esa ciudad. Ese fue el tiempo en el que también se formó la administración de la parte forestal, cuando ya estábamos en trámites para la TCO.

También para esto recibimos asesoramiento de técnicos, con quienes coordinamos para determinar los límites de nuestro territorio. Hubo bastante trabajo conjunto entre los dirigentes y este equipo técnico que nos asesoraba. Un grupo de comunarios y yo decidimos formarnos como agentes forestales o guardabosques y en ese momento me eligieron como su presidente. Entonces, cuando los señores del INRA llegaron nosotros ya estábamos listos, preparados como guardas forestales. Nos organizamos y capacitamos como equipo guarda forestal en Yucumo, camino a Rurrenabaque, donde nos enseñaron muchas cosas.

En ese tiempo había bastantes infractores en nuestra tierra, estaban metidos en todas partes y era gente que tenía mucho dinero, por eso se necesitaba ese equipo de guardas forestales para que defiendan nuestros bosques. Nos tocó enfrentarnos con estas personas adineradas que incluso nos amenazaron de muerte, pero nosotros estábamos preparados para esas situaciones. Les dábamos una fecha límite para que salieran de nuestros bosques, que ya no eran tierras fiscales, sino territorio del pueblo mosetén.

A veces decomisábamos madera y lo que hacíamos era entregarla a nuestra comunidad o a nuestro centro de la OPIM, con eso se beneficiaba a nuestra organización.

Más que todo, la lucha era contra los colonizadores, que ponían los puntos de sus colonias dentro de nuestra tierra y no querían salir, por eso necesitábamos gente que nos apoye. Nosotros solo teníamos nuestro uniforme, nuestros equipos, no contábamos con armas, así nomás entrábamos a los bosques, solamente con nuestros cuadernos para anotar las infracciones que se cometían, con cuántas colonias nos habíamos encontrado o qué personas eran las infractoras.

En todo este tiempo de experiencia como guarda forestal pude darme cuenta de que es muy difícil llegar a un entendimiento con los colonizadores y que adentrarse en el monte tiene muchos riesgos; había que llevar mosquiteros, salvavidas y otros equipos para enfrentar cualquier contratiempo. Nosotros siempre fuimos muy responsables con la vida de la gente que nos tocó rescatar o guiar; no fue fácil, harto he sufrido. Sin embargo, estoy contento con todo lo que hicimos. Pudimos identificar con la ayuda

de ingenieros qué lugares servían para el cultivo, como la siembra de arroz o cacao, y cuáles eran aptos para los pastizales, que generalmente eran sitios donde no había mucha potencia de abonos.

También encontramos espacios sagrados, como aquellos lugares donde hay ojos de agua y salitrales, que son zonas con bastante presencia de animales. Nuestro trabajo era conservar esos sitios, donde está prohibido ingresar. En el cerro Marimono, por ejemplo, tenemos ojos de agua más que todo; allí vigilábamos que no haya tala de árboles. Todos nuestros esfuerzos están dirigidos a conservar estos recursos naturales, nuestros árboles, animales, el agua, la riqueza mineral, todo lo que nos regala nuestra tierra.

SERAPIO MAYTO TAHE: LA LUCHA POR MEJORAR LA EDUCACIÓN

Mi sueño era mejorar la educación y mejorar el pueblo, por eso trabajé muy duro.

Yo sufrí mucho en mi niñez y juventud, no podía ni escribir porque no tuve un profesor que me enseñara. Solo recuerdo a un viejito del pueblo que nos explicaba sobre los rezos y cómo persignarnos, no nos hablaba de otras cosas que pudieran servirnos en la vida. No viví con mis padres o abuelos, pues como tenía buenos modales y era muy respetuoso, los curas me recibieron en las parroquias para que trabajara; estuve 10 años con ellos, cinco en Covendo y otros cinco en Popoy.

La vida que me tocó vivir de joven me hizo pensar en el futuro de mis hijos. No quería que fueran como yo; ellos tendrían que tener mejores oportunidades. Ese era mi sueño, eso me preocupaba y por eso me esforcé para hacerlos estudiar y que no faltaran al colegio.

Allá por los años 90, más o menos, este lugar que ahora se llama Villa Concepción era monte y como no había carretera en ese tiempo teníamos que movilizarnos en callapo; no había ni camino, solo una sendita como para perderse. Hasta aquí llegábamos para llevarnos plátanos y arroz en balsa, y a veces nuestras embarcaciones se volcaban y llegábamos a nuestras casas sin nada. Mucha gente perdió en muchas ocasiones los productos que llevaban para sus hijos que estudiaban en la escuelita de Covendo.

De aquí, de este lugar que antes era un monte, bajaban los niños y ellos tenían que quedarse en las casitas que se les hacía y por eso los papás les llevábamos yuca, arroz y otras cositas para que coman. Y cuando las balsas se volcaban nos quedábamos sin nada, una pena era. Cuando mis hijos eran pequeños de aquí iban a la escuela en balsa, pero se volcaron dos veces y casi se ahogaron. Por todo esto que nos pasaba decidí reunir a todos los que vivíamos por este lugar para proponerles hacer un pueblito aquí.

En ese tiempo tuvimos que participar también en la construcción del puente sobre el río Boopi; nos llevó más de dos años concluir ese trabajo. Recuerdo que llevábamos víveres para ayudar, pero también recolectaban dinero y nosotros apenas ganábamos vendiendo nuestro arroz hasta en 20 bolivianos el quintal, así que para ganarnos unos pesitos más y dar nuestro aporte teníamos que vender en mayor cantidad. Muy triste era nuestra vida, no había cómo sacar nuestra producción; llegábamos hasta el río con nuestra carga en el hombro y de allí la recogía una embarcación con motor. Cuando se terminó de construir el puente, la maquinaria pudo avanzar y el camino llegó hasta donde vivíamos. Era el año 2000 cuando este pueblo comenzó a formarse y por fin tuvimos nuestra escuelita con ayuda del padre Roberto y del proyecto Oscar. Nuestros hijos ya no tuvieron que ir hasta Covendo, se quedaron aquí. Tuvimos que reunir de todo lado a los alumnos; unos 30 niños comenzaron estudiando en esta escuela.

El puente nos ayudó mucho y me gusta decir que nosotros pusimos nuestra mano de obra para que esa construcción sea una realidad. Recuerdo que hacíamos todo lo que nos indicaban, amarrábamos fierros, echábamos arena para semejantes socavones; todo el día y parte de la noche trabajábamos a pulso para terminar ese puente. Ahora este lugar ha cambiado mucho, pues con el camino llegó también la luz eléctrica, el agua potable, pero para tener eso también hemos trabajado como hormiguitas; ahora ya se puede decir que somos una comunidad. Aquí, en Villa Concepción, hemos entendido que con la unidad hemos logrado muchas cosas.

Viene a mi memoria también la época en la que me eligieron cacique en Covendo y tuve que participar en la primera marcha indígena que partió del oriente del país, en 1990. Llegué con unas 20 personas para apoyar a los hermanos del Beni; les dimos arroz, plátano y yuca. Junto a ellos llegué a La Paz. En esa mi primera experiencia como dirigente no sabía qué hacer, no tenía un asesor que me ayudara; pensaba que debía hacer la solicitud del territorio y entonces le pedí el favor a un asesor del Tipnis. Me costó mucho participar en esa marcha y de paso me enfermé en La Paz y casi me muero. Pero esa dura experiencia me dejó algunas enseñanzas.

Yo tenía fija la idea de ayudar a mi gente, a mi pueblo, y cuando me nombraron dirigente de mi comunidad fui preguntando a las autoridades de abajo cómo se podía trabajar. De esas charlas saqué algunas ideas para organizar el trabajo, estar unidos y mejorar como colectividad. Charlaba mucho con mi esposa sobre mis planes y ella me entendía. Como no había dinero para movilizarme, me vi obligado muchas veces a pedir prestado para viajar a La Paz porque allí era donde tenía que hacer los trámites para pedir un profesor para nuestra escuelita. Iba oficina por oficina para tramitar la llegada de los profesores hasta mi comunidad.

Mucho sufríamos por la ausencia de maestros debido sobre todo a la distancia, pues para ellos era muy lejos. Y los que se animaban a realizar el viaje volvían rápido a la ciudad porque los bichos los atacaban, no se acostumbraban. Apenas dos profesores se establecieron en nuestra comunidad y ahora tienen sus lotes, sus cacahuales; ellos se volvieron comunarios.

VICENTE MOY YUCO: LA LUCHA POR UN LIDERAZGO CON VALORES

Si estás en el pueblo mosetén tienes que ponerte la casaca del pueblo mosetén. Eso es lo que tienes que hacer para ser líder. Si tú tienes un antecedente negativo, no te van a mirar bien, es un punto menos; todos estos aspectos se deben considerar para poder liderar.

Aunque soy descendiente trinitario, me considero más un mosetén porque nací en estas tierras, en Covendo. Me gusta el carácter del mosetén, que es un ser humilde y paciente, que no se enoja fácilmente, pero cuando rebasan su límite también puede reaccionar; afortunadamente nunca se ha visto ese extremo.

Yo, como mosetén, puedo decir sinceramente que no me gusta renegar, y si hay algo con lo que no estoy de acuerdo, entonces busco otra salida, propongo otra cosa, no me encierro en mi enojo. La honestidad, la sinceridad y la responsabilidad son valores que tienen que estar presentes en nuestra vida.

Hay personas que nacen con la vocación para ser líderes, pero estos hombres o mujeres tienen que entender que para dirigir a tu pueblo tienes que conocer sus costumbres ancestrales, practicar sus tradiciones, porque no sería razonable que seas líder sin saber nada de eso. Antes no tenía mucho conocimiento de estas cosas, de la lucha de nuestros dirigentes. Cuando aún era joven, me di cuenta de que algo muy importante estaba pasando en mi comunidad. Mi gente estaba marchando por algo, al principio no

entendía bien, pero cuando llegaron a La Paz pude darme cuenta de su importancia. Eran los años 90 y recién se empezaba a escuchar sobre los pueblos indígenas, sobre sus derechos y sus reivindicaciones.

Después empezó también la demanda por la Tierra Comunitaria de Origen (TCO). Recuerdo que todo comenzó en Muchanes, allí vivían unos compañeros mosetenes de edad avanzada, entre ellos don Ignacio Merena. Cierto día llegaron unas personas que quisieron intervenir el área porque la consideraban tierras fiscales y supuestamente querían adueñarse de esos lugares, entonces don Ignacio se opuso y como respuesta esas personas se lo llevaron secuestrado hasta Rurrenabaque. Esa fue la chispa que originó la reacción de los otros mosetenes, que empezaron a movilizarse para defender sus tierras y así surgió la idea de organizarnos. El 21 de agosto de 1994 fundamos la Organización del Pueblo Indígena Mosetén (OPIM) y el primer presidente fue Humberto Canare, después estuvo don Matías, él fue quien dio más empuje a este tema y más comunidades se fueron sumando a nuestra demanda. Así elaboramos el reglamento de nuestro estatuto, porque teníamos que basarnos en algo.

Este proceso duró entre seis a siete años. En 2001 recibimos el documento de propiedad de la TCO. En ese entonces el presidente de la organización era Justo Piza y después entré yo.

Me di cuenta de que después de la titulación nuestro nivel había bajado. Antes los consejos de caciques eran bien puntuales, muy aplicados, todos éramos muy unidos, pero sentí que estábamos dejando de lado todo eso. Pienso que se debe trabajar con nueva gente, proporcionar nuevos líderes para no perder lo que hemos conseguido, para que tanta pelea por la tierra no sea en vano.

Creo que a todos hay que darles un espacio para que puedan ser dirigentes; hombres y mujeres tienen que tener la oportunidad. Hay que fomentar la participación. Además de ser presidente de la OPIM, yo siempre tuve la oportunidad de ocupar cargos en las dirigencias de las comunidades en las que estuve, es algo que me gusta. Mi idea era elaborar proyectos para las comunidades y buscar financiamientos. Precisamente en ese tiempo me cayó encima el tema de la exploración sísmica petrolera y justo en tierra mosetén. Cuando consulté la Constitución Política del Estado me enteré de que debía haber una consulta previa al pueblo mosetén; era nuestro derecho en caso de que se quiera realizar cualquier tipo de proyecto o actividad dentro de nuestro territorio.

Empecé a hablar con otras organizaciones indígenas para conocer más sobre el tema, pero solo conseguí hacerme ver mal con las comunidades. Y cuando empecé a hablar con el Gobierno buscando que nos consulten, tratando de averiguar qué efectos podría tener la exploración sísmica, fui malinterpretado y me acusaron de estar en contra de ese estudio. Esa información llegó hasta los caciques y estos se rebelaron contra mí, solo porque yo quería primero la consulta y ellos pensaban en otros intereses. Luego unas personas me buscaron porque decían que querían un acta más y pretendían que yo firmara el documento, pero yo me negué porque las cosas no se estaban haciendo de la forma correcta. Entonces intentaron sobornarme ofreciéndome mucho dinero por mi firma; en ese momento me di cuenta cómo era la corrupción, me enojé mucho y los saqué de mi oficina. No tenía dónde acudir, no sabía cómo hacer la denuncia porque no tenía pruebas. Fue muy triste toda esa situación.

Los pueblos indígenas nunca fuimos políticos y hoy me preocupa que estén surgiendo dos bandos, que se esté politizando la situación. Creo que lo importante es estar en grupo, estar unidos, con fuerza y decisión.

ZACARÍAS MISANGE MIRO: EL ARTISTA DE LA MADERA

Yo no sabía nada, así me he metido al taller y he aprendido. Mis obras han quedado en Covendo, Tucupi, Santa Ana y Palos Blancos.

El tiempo pasa, me vuelvo más viejo, pero en mi memoria todo está fresco. He sido parte de la historia de mi pueblo. Nací en Covendo hace muchos, pero muchos años. Recuerdo que tenía 10 años cuando vi llegar el agua. Fui testigo de la construcción de la acequia, de cómo hicieron esos canales para que por allí pasara el agua y de cómo esto trajo alegría a los mosetenes.

Años más tarde, en 1954, se hizo la pista de aterrizaje. Llegan a mi memoria las imágenes de la gente chaqueando el terreno con el hacha en la mano; unos botaban la tierra que sobraba y otros aplanaban el suelo. Ahora esta pista es una de las más antiguas de Bolivia.

Desde esa pista volé hasta la ciudad de La Paz, donde me quedé dos años en una parroquia como monaguillo, aprendiendo latín y trabajando junto al padre. Después aprendí a cocinar porque trabajé como ayudante de cocina. En La Paz también me enseñaron a hacer ladrillos y tejas. Tuve muchos oficios a lo largo de mi vida. Con todo lo que aprendí volví a mi tierra, a trabajar con la misión franciscana. Antes se trabajaba más que ahora. Años más tarde, en 1964, me convertí en carpintero; sin saber nada del oficio, me animé a trabajar la madera y pude aprender. Mi legado está en la iglesia del pueblo, pues todo el trabajo en madera lo hice yo, fueron

seis años de intensa labor. He sufrido, pero ojalá me recuerden por mi trabajo en la iglesia, en el convento y lo que hice en las casas más antiguas, todo eso es mi obra. También he dejado obras en Tucupi, Santa Ana y Palos Blancos.

Me acuerdo que había un aserradero muy completo para cortar la madera, y para trasladar los materiales se usaban solo las balsas.

Fui testigo de la llegada de los trinitarios y yuras a Covendo buscando la Santa Tierra; recuerdo que vinieron a pie y en cascos (botes), era una gran cantidad de gente. Ellos se instalaron en Covendo y muchos continúan aquí hasta el día de hoy.

Cuando llegaron los años 70 me designaron cacique. Recuerdo cómo en ese tiempo este lugar era limpio, el paisaje era bonito y la gente se divertía; los hombres se internaban en el bosque para cazar y con esa carne se preparaba la comida para las fiestas. Toda mi familia es católica y respetamos mucho las enseñanzas que hemos recibido de la Iglesia. Si yo hubiera sido cura, seguro que la misa la hubiera celebrado en mosetén, y eso lo digo con orgullo.

AGUSTÍN BAYA SIQUIMEN: UNA VIDA DE LUCHA POR SU COMUNIDAD

Siempre soñé con ser una comunidad y para eso hemos estado trabajando.

Mis padres me hicieron nacer en el monte, en un lugar llamado Ipiri. Hasta ahí llegó mi papá escapando de los duros trabajos que se hacían en el pueblo y buscando una vida de libertad. Huyó robándose a una mujer, mi madre. Los dos vivieron completamente solos en el monte hasta que se encontraron con los trinitarios, que andaban buscando la Tierra Santa. Entonces, mis padres se unieron a ellos y compartieron ese suelo.

Soy un hombre de monte, conozco todo de esos lugares, nadie puede igualar mis habilidades en ese sentido porque soy parte de esa tierra. Mi papá conversaba con los árboles, el río y los animales, ese era su mundo espiritual. Por ejemplo, al entrar en el monte hablaba con los árboles y les pedía permiso para cazar algún animal.

Recuerdo que en el lugar donde nací había un arroyo con muchos peces, de eso vivían y también de lo que cazaban en el monte. Pero no cazaban con arma de fuego, sino con flecha, por eso yo manejo muy bien ese instrumento desde que era un niño de dos años. Cuando cumplí tres me sacaron del monte para que me bautizaran en la Iglesia Católica y recién fui criado aquí.

Antes de que este lugar sea una comunidad, primero se lo conocía solo como sector y me nombraron a mí como su representante, en realidad el cargo era presidente de sector. Eran los años 90 y el camino empezaba a llegar hasta nosotros. En esa mi gestión tramitamos la personería jurídica de nuestra colectividad. Nosotros siempre quisimos ser una comunidad, dejar de ser solo un sector de Covendo. En el año 1997 cuando recogí en Palos Blancos la personería jurídica, mis compañeros me esperaban reunidos aquí para que les leyera el documento, que decía que ya éramos autónomos, que nos apartábamos de Covendo para manejarnos nosotros solos. Así hemos empezado.

Pero hubo compañeros de Covendo que se opusieron a que seamos pueblo, no querían porque pensaban que todos debíamos ser una sola comunidad, pero nosotros continuamos con nuestro anhelo de ser independientes sobre todo porque era muy difícil acceder a la escuela de Covendo o sacar nuestros productos, porque el río era un obstáculo para pasar al frente, peor en tiempo de lluvia, de crecientes de agua, y no teníamos ni botes ni cascos. Por esas razones decidimos ser comunidad. Aparte de la dirigencia, mi aporte también ha estado en la construcción del puente sobre el río Boopi. Varios voluntarios hemos trabajado con el proyecto Oscar; esa fue una labor grande para mí porque tenía que reunir gente –en grupos de cinco o diez personas– para que vaya a trabajar en esa obra.

Dejar de ser dirigente nunca fue motivo para abandonar a mis compañeros. Siendo parte de las bases también seguí apoyando a los caciques que se nombraron después de mi gestión. Recuerdo que como ya éramos pueblito, se siguieron abriendo brechas con nuestros propios recursos; así, más arriba se formó otra comunidad a partir de esos senderos.

Sin embargo, veo con tristeza que desde que nosotros hemos formado la comunidad se han perdido algunos valores que teníamos antes y también hemos dejado muchas costumbres. Por ejemplo, ya no se hacen maris, tejidos, artesanías y nuestros hijos ya no manejan flechas, todas esas cosas que hacíamos como mosetenes. Pienso que sería muy bueno volver a recordar y recuperar esas cosas, que sigamos manejando el arco y la flecha, tejiendo chipatas, venteadores, balay, esteras, que sigamos usando los árboles para teñir los hilos, ese es mi deseo.

Ahora que he vuelto a ser cacique de Villa Concepción quiero organizarme para llevar adelante esa idea de recuperar nuestras costumbres, volver a ser unidos como antes, esa es mi meta como autoridad.

Como nuestros padres y abuelos que hacían todas estas artesanías y conocían bien nuestras costumbres ya están viejitos, quiero incentivar a sus hijos para que recuperemos estas cosas nuestras. El problema en este caso son los hermanos que han llegado de otros lugares, ellos nos están desviando a otro lado; veo que ahora ya no hay esa voluntad de realizar trabajos comunitarios ni de asistir a las reuniones que convocamos.

Nosotros tenemos un estatuto orgánico y un reglamento que viene de la organización OPIM – OMIM. De acuerdo con eso, la persona que desea ser parte de la comunidad debe vivir por lo menos cinco años entre nosotros, y después de ese tiempo se analiza si es voluntariosa, si nos anima y apoya, entonces recién se la puede recibir; se le da un lote urbano primero y después –al siguiente año– recibe un lote agrícola. Pero todo esto dejó de ser cumplido no sé en qué año exactamente, y empezaron a ingresar muchos sin ni siquiera cumplir la norma; estuvieron solo medio año y en ese tiempo se los aceptó como parte de la comunidad, y ese es el problema. Sin embargo, ahora hemos modificado el estatuto y nosotros no estamos recibiendo a más gente de otro lugar, solo los mosetenes pueden ingresar.

Pienso que si logro reunir a toda la gente mosetén, tal vez se pueda recuperar todo lo que hemos perdido; deseo que volvamos a ser unidos, quiero animarlos a eso porque esa es nuestra esencia.

DARÍO CHAIRIQUE OYE: EL PRECURSOR DE LA LUCHA POR EL TERRITORIO

Mi pena es que hay gente que negocia con su tierra, no piensa en el futuro de sus hijos; ahora ya no somos poquitos, somos hartos, así que necesitamos más territorio para asentarnos y trabajar para los que están por venir a este mundo, porque nosotros ya somos viejos.

Soy Darío Chairique Oye, nací en Covendo, pero después de terminar el cuartel llegué a Santa Ana y desde entonces estoy viviendo y trabajando en esta comunidad. Lo que ha marcado mi vida ha sido la lucha por este territorio y lo que me ha impulsado siempre ha sido el cariño que siento por estas tierras y por su gente.

En todo este tiempo de trabajo he llegado a conocer a las personas. A mi manera, puedo saber qué gente es buena, quién tiene buenos sentimientos por su comunidad; creo que esa clase de personas son las que deberían dirigirnos y ayudarnos a salir adelante; no se trata solo de aceptar un cargo, hay que saber trabajar.

Recuerdo que empecé mi labor como dirigente dentro de la junta escolar. En aquel tiempo mi preocupación era conseguir un profesor de matemáticas para nuestra escuelita. En ese trajín me enteré de que ya existía el visto bueno para empezar los trámites de titulación de esta reserva, pero todo quedó ahí nomás porque no había seguimiento y esa información la conocían muy pocos. Yo tampoco pregunté más porque estaba concentrado solo en lograr que nos asignen a ese profesor que nos hacía falta.

Al año siguiente, cuando se terminó mi gestión dentro de la junta escolar, me convencieron de que acepte el cargo de cacique. En esos días había comentarios de que los colonizadores nos estaban despojando de nuestro territorio y eso me puso muy triste, por eso me animé a seguir en la dirigencia.

A pesar de que no sabía qué hacer ni adónde ir, acepté la decisión de mi comunidad, que estaba confiando en mí. Entonces, como yo ya sabía que había ese expediente de Santa Ana en el que se daba el visto bueno para la titulación, fui a buscarlo para empezar el trámite y así defender nuestro territorio. Fue una pena darme cuenta de que había algunas personas que tenían otras intenciones con ese título de propiedad; por ejemplo, el jefe de zona de Palos Blancos negó la existencia de este papel, pero fue una suerte que apareciera una señora que lo desmintió y nos ayudó a tener en las manos ese documento del que me había hablado el abogado del Instituto de Colonización.

Al verse descubierto, esta persona quiso engañarme ofreciéndome su colaboración para realizar el trámite, pero mi corazón me avisó que este señor no tenía buenas intenciones. Después supe que este hombre pensaba sacar el documento de propiedad y que él tenía que quedarse con 50 hectáreas.

Estas cosas me entristecieron, pero no podía quedarme así nomás; me decidí a sacar adelante ese trámite a pesar de que no sabía muchas cosas, pues yo estudié poco tiempo, no tuve esa oportunidad como la tienen otros. Debo reconocer que recibí apoyo de algunas personas e instituciones que me aconsejaron y guiaron, como la gente de la CIDOB.

Yo comencé a tramitar estas 8.000 hectáreas porque me preocupaba mucho quedarnos sin territorio; quería averiguar si era cierto que nuestras tierras habían sido revertidas, pero felizmente no era así y estábamos a tiempo de hacer algo por nuestra gente. Yo pensaba sobre todo en los que iban a venir a este mundo, por ellos es que acepté este reto.

Todo este trabajo no fue fácil; pasó mucho tiempo antes de tener un buen resultado. Incluso estuve a punto de dejarlo todo, me sentía muy cansado porque no encontraba apoyo por parte de la gente de mi comunidad. Pero en este duro camino encontré otras personas que me animaron a seguir y que me ayudaron a contactarme con abogados, representantes de Derechos Humanos y otros técnicos, quienes me avisaron que esta labor no sería de uno o dos días, ni de dos semanas o dos meses. Recuerdo que

me dijeron lo siguiente: "Tienes que aguantar hasta que salga el título". Y así lo hice.

Con ese apoyo me sentía con fuerza, ya no tenía que ir a molestar al Instituto Nacional de Colonización. Nunca olvidaré el día en el que José Urañavi, que era el presidente de la CIDOB, me dijo: "Desde hoy para adelante estás reconocido como originario, ya estás asentado". Me hicieron firmar y eso fue todo; recién estuve conforme.

Cuando empecé todo esto lo hice por mi gente, por los jóvenes, para dejar un recuerdo para esta comunidad. Lo triste ahora es que nunca dicen: "Por Darío tenemos este territorio"; no recibo ese agradecimiento, pero yo no reclamo ni digo nada, me quedo callado.

Otra cosa que me entristece es que hay personas que no entendieron la lucha de sus dirigentes por conservar este territorio, pues hay hermanos que sacan préstamos del banco y para pagar esa deuda están vendiendo sus partes del territorio. Esto me preocupa, no creo que esté bien negociar con nuestra tierra.

Sin embargo, aún hay la esperanza de que nuestros dirigentes sigan luchando por nuestro territorio, pero tiene que ser gente que haya estudiado, que sepa hablar, que sepa adónde ir para defender a su comunidad. Además, el dirigente tiene que ser una persona responsable y digna de confianza, debe querer a la comunidad, querer a la gente, querer lo mejor para su comunidad, ver qué cosa falta; por ejemplo, aquí nos falta alojamiento para los que vienen de otros lugares, un buen colegio, buenos profesores, etc.

Lamentablemente, hay muchas cosas que se están perdiendo, como nuestras artesanías o la unidad que había antes. Esa es una pena para mí, que la gente no piense en su futuro, que no quiera conservar su tierra, porque ahora somos hartos y vamos a necesitar más territorio para asentarnos y trabajar en él. Si no hacemos bien las cosas, seguro que vamos a caer como comunidad.

Me gustaría que nuestros jóvenes se concentren en sus estudios, que hagan una carrera y que después vuelvan a su comunidad para trabajar por su gente, pues aquí faltan muchas cosas para salir adelante. Hay que olvidarse de ser personalista y apático.

Semblanzas mosetenes

"Semblanzas mosetenes" rescata distintas experiencias de líderes mosetenes que de una u otra forma participaron en lucha por el reconocimiento por el territorio y la cultura de su pueblo. Se trata de testimonios que fueron recuperados a través de entrevistas y trabajados en un proceso de edición que intenta expresar la vivencia, personalidad, preocupaciones y sueños de cada uno de ellos, y que además fueron validados por cada persona que forma parte de este trabajo.

La Tierra Comunitaria de Origen (TCO) Mosetén recibió el título de propiedad en 2001, después de más de 10 años de intensa lucha y persistencia por el reconocimiento de sus derechos territoriales. Fue una de las primeras en ser tituladas en la Amazonía boliviana, pero significó sacrificios, agotadoras caminatas y una constante exposición a muchos riesgos. Por ello, este largo proceso pervive en la memoria y en la vida de quienes lideraron este proceso, valientes mujeres y hombres que tenían como objetivo final tener territorio para ofrecer un futuro a sus hijos.

Desde el Instituto Superior Ecuménico Andino de Teología (ISEAT) invitamos a los jóvenes mosetenes a leer y reflexionar sobre estas experiencias para integrarlas a sus vidas y horizontes de lucha en defensa de los derechos y el futuro de su pueblo.